RASTRO

Número 2 | Abril 2026

Visitas. Alday, Chih. 2026.

Carta editorial

A finales de 2024, la revista flotaba entre ideas y papeles: experimento catastrófico. Con más de tres borradores, seguía sin identidad. Entre pilas de libros, folletos y recitales, forjé un Frankenstein y su criatura. Con ayuda de la hipnosis que nace de la tragedia y lo surreal —hablando de la vida— di con influencias modernas y contemporáneas. Algunas se me adelantaron y tuve que reiniciar el avance. Teniendo la locura de la certeza aferrada a mis manos —tratándose de dos meses— organicé secciones y, más que nada, le regalé un nombre. Muchos otros dieron con el zapato izquierdo que, a propósito, era un presente de muy mal gusto.

A todo esto, se sumó una temporada entera de divulgación local que recolectó tres voces. Después, vinieron dos más. A la semana, cuatro...cinco...dos...y *c'est la vie*. Con un solo nombre y un cuerpo, esta revista da marcha a su trayecto.

Rastro surge como un proyecto independiente dedicado a la difusión del arte literario, poético, crítico y visual.

Sean bienvenidos.

Rebeca Alday
Fundadora y editora de *Rastro*

Contenido

Poesía

Michelle Lozano	3
Oscar Díaz	11
Valeria Guerrero	13
Luna Curto	19
Armando Aparicio	23
Mariana Finochietto	29
Valente Beckdorf	33
Ariana Jordán	39
Eduard Farràs	41
Lucía Aráoz	45
Erbey Mendoza	55
Diego Nervi	57
Paloma Rojo	61
Gemma Gómez	71
Federico Rizzo	73
Mauro Costanzo	77
Isabel Crisalys	83
René Peregrina	85
Michaela Osorio	87
Lauda	91
Alejandro Burbano	97

María Sanchez 99
Jonathan Cucunubo 103
Ruben Domene 111
Ivanna Méndez 117
Conrado Parraguirre 121
Frandys Oropeza 123
Marcos Lozano 135

Narrativa

Pedro Álvarez 145
Constanza Janer 149
Francisco Araya 151
María Abarca 155
Fernando Gepé 161
Amalia García 167
Juan Papasidero 169
Jhuliana Calderón 171
Armín Arceo 173

Visual

Daniel Calderón 181
Ariana Rudoni 185

Valente Beckdorf 191
Marco González 195
Francisco Díaz 205
Emilia Castillo 209
Juan García 213
Florencia Olivera 219
TiTTo 223
Belén Amitrano 227

Columnas

Eloy Marquez 233
Aaron Campi 239
Karina Piriz 244

Autores y autoras 249

Vecinos. Alday,Chih. 2026.

Descanso, Alday, Chih. 2016.

“La noche vierte sobre nosotros su misterio,
y algo nos dice que morir es despertar.”

Xavier Villaurrutia

Farolito. Alday, Chih. 2026.

POESÍA

Michelle Lozano

¿Quién mejor que yo?

¿Quién te va a conocer mejor que yo,
que desnudé el mecanismo escondido
con el que tu alma se mueve por el viento?
Yo sé que no te quieres ir.

Me aprendí de memoria
el mapa de tus sueños,
dónde no pisar para no despertar
a los fantasmas dormidos
que reposan en silencio, tímidos,
en algún lugar, ahí dentro.
Yo sé que no te quieres ir.

El zumbido de los insectos nos susurra
que es tiempo de partir.
A cada quien lo que le toca,
y al que sembró con ternura en la tierra
habrá de ver la cosecha morir.

No lloran los viajeros;
lloran los que nacieron aquí,
y con el polvo en los labios
y la boca seca, lloras.
Bajo el sol que te chamusca la piel, lloras;
con las manos sucias,
manchadas en la tierra, lloras
y lloras.

Y yo espero atrás
de la sombra larga del ciprés.
Y tú lloras
y yo sé que no te quieres ir.

Te has convertido en un arma de voraz nostalgia
de la que me defiendo,
trayéndote como puedo los recuerdos al frente.
Las cosas como son,
y a cada quien lo que le toca.
Y el que es valiente sabrá que hay que irse,
aunque la maleza no le quiera soltar los pies.

Huérfano

Parece mentira que no pueda viajar nunca más
con el galope implacable de mi orgulloso corcel erguido,
divino encantamiento,
fugaz transporte de amor de ensueño.
Regresenme a él,
permítanme montar en su lomo,
que me deje abrazarme con fuerza a su cuello.

¡Llévame lejos, lejos de aquí!
Cuéntame en camino
qué ha pasado con mi padre y con mi hermana,
pareciera que ahora
todo el que me vio crecer es un eterno olvidadizo.
Yo también viví aquí,
por ahí descansa el camino triste de grava
sobre el que lloré tanto
que hasta las flores se enraizaron en la piedra.

Este implacable recuerdo no me abandona,
ni la impetuosa nostalgia
de la fuerza con la que mi lecho
se ha elevado por encima de la tierra fértil.

Nada me habrá de salvar del abismo de la civilización.
Derrumbamiento de mi infancia,
he cavado mi propia tumba
muy lejos de aquí.

Tibia lágrima designada a la soledad,
no soy más que un alma perdida y triste,
profundamente triste,
deshecha sobre el melancólico monstruo
que fue esta casa.

Fiera memoria,
no corras tras de mí,
déspota envidiosa,
dame el beneficio de la duda.
Le ofrezco este sudor caliente que gotea
al viento.

¿Por qué estás mudo? ¡Despierta!
Espero un rugido de la corteza misteriosa
de la tierra, dentro de un encino.
Mi infeliz patria mezquina,
quiero volver a escucharte gritar,
soy huérfano de un tronco calcinado.

1942

Señor, si en este momento he de morir,
sácame la bellota de la garganta
y plántala en mi pecho.
Que me entierren con ella,
quiero que recuerden
cómo esta insignificancia de la tierra
me arrancó de esta vida
que tanto he amado.

Que de mi pecho encendido crezca un árbol
que filtre la luz, dulce y orgulloso,
por encima del terror y el peligro,
que parta la acera y guarde los secretos que mi linaje
nunca ha de conocer.

Padre, tengo miedo, no quiero morir,
que mamá vuelva a casa,
que te enseñe a hacer que el viento grite,
que cure en mi nombre.

En este pedazo de tierra áspera y orgullosa
aprendí a no jurar en vano,
a buscar la gracia de la fortuna,

a creer en las supersticiones,
a hacer trueques con el destino.

No soy digno de ningún favor,
soy un entusiasta de los milagros
y un ferviente devoto de la justicia divina.
Confío en que no existe la libertad sin la persecución furiosa
del torbellino de la memoria,
y tal vez esté equivocado, pero yo no conozco libertad
sin el polvo de las pisadas
del caballo sobre la tierra.

Aquí en Guadalupe he de encontrar la paz,
que la tierra aproveche mi cuerpo,
prométeme que ella volverá a amar.
Santa patrona, protectora de mis ilusiones gentiles,
a lo mejor el problema fuimos nosotros
por deambular en la vida
como dioses de la solitaria, insoportable juventud.

Seré parte del olvido colectivo
de este pueblo abrazado por la madre de Dios.
¡Cuánto anhelaba partir,
Dios mío, yo no quiero morir aquí!

Quiero que mis nietos jueguen con mi sombra
y las de todos sus fantasmas,
entre sus antepasados,
nuestros muertos protectores, devoradores de estrellas
en el cielo.

Tal vez así, a la muerte le han de tener confianza.
Al primer hijo de mi hija le habré de enseñar a montar,
que el olor a tierra asoleada le recuerde la brevedad
de nuestro amor.
Tengo el presentimiento de que jamás he de volver
a este lugar.
Por salvarme la vida lo hemos perdido todo.

Señor, ya no estoy seguro
si en este momento he de morir.
Sácame la bellota de la garganta,
solo si ya has decidido que debo partir,
y sólo entonces, Dios, escúchame,
sólo entonces,
plántala en mi pecho.

Noventa y nueve. Calderón, Chih. 2026.

Oscar Díaz

Serenata umbría

I
Se acercó unos centímetros
a la ausencia de mi
huerto hogar.
Arropó mi olvido,
mi llovizna de agosto,
mis funerales estoicos,
mis sensoriales paseos.
Puso en mi mesa
corona de la redención,
capa caída de luna
y una serenata umbría.

II
La escuché desde lejos,
me acerqué un mundo
y la niñez de mis palabras
volvieron a latir,

volcánicas juguerretas,
jirones sin título.
Una serenata umbría
parlanchina de arreboles extensos
en esta madrugada de
violetas.

Ruge
en mi huerto hogar,
banqueta de azucenas,
hierba, buena hierba hoguera.

Nutre
de noble levadura
el patrón de mi mantel amado.

Desayuno la aurora
agradezco los fractales móviles,
se acercó
unos centímetros
y
la
ausencia
desapareció.

Valeria Guerrero

Elegía a Eva

¡Que insensible de aquel que te llevó sin permiso!
Que te enfrió las trenzas tuyas
y con profana cobardía
te arrancó de mi lado.

Admira como todos te buscan,
en un hueco del celeste te hallarán
y buscarán presencia tuya con desespero.
Pero ya no hay más.
Hoy te han derrotado,
te han sustraído la sonrisa
¡Qué más artífice!
te quitaron la ternura
¡Qué más excelsa!
Te desbarataron la presencia
¡al más reverente!

Culpa de ellos,

que por exigencia,
de capricho impaciente,
nos han dejado fríos y secos.

Tú, Eva de los primeros,
Adán de los desdichados.

¡Ay, mi solecito!
¿A dónde te me escondes?
¿No ves que en los escombros no te veo?
Regrésate, chiquito lucero.
pequeño sólo ahora
que en ti mismo estás enredado.
Regrésate,
frágil infante,
que no me enseñaron a ser ciega
y no me enseñaron a entregarte.

Brutal mundo que no dudará en arrebatarme
hasta el recuerdo tuyo.
Nos roban de un puño (bien cerrado)
la bondad que fabricamos,
dejándonos con astillas de lo que fue
y con deseo de lo que no existirá.

Me es devastador
que aquella ingrata
no tiene nombre,
que aquella traicionera
no se pinta ni un rostro.
Se ocultó tras un abismo
del que solo ella volvió.

Y es verdad
que tu expiración jamás será nombrada.

Sabrás que aunque no te vea
me queda memoria.
Escaparte no te dará tranquilidad,
y tu desamparo regará infortunio vano.
Me es relevada mi expiación,
que por egoísta soñé con abandono tuyo
como purificación mía.

Ven, préstame un momento
tu despojo del afecto terrenal,
vulgar y grosero a pureza manchada.

Desde ayer, cuál presagio

lloran tus hijos,
lloran tus niñas,
llora esta mujer tuya.

En tu cuna

Existe en la habitación cierta conciencia tuya,
y la busco,
la busco en el rincón de tu cuna especialmente,
y la encuentro...
encuentro un cabello,
luego otro.
Entre tanto polvo
llega una bruma al encontrar todas tus partes,
y no basta
porque completa no es ninguna.

Extrañarte es amarte.
No comprendo.
¿Por qué estás tan ligera ahora?
Tan fría, te siento doliente que pareces dormida.

Insisto, no comprendo.
¿Por qué estás tan ausente?
Resiento y es consecuente,
no me ves.
¿Acaso no te parece prudente mi llanto?

No te despides.
Lo sé pues no lo harás.
Toma filo, retírate y no dejes ni un rezago aquí.

Dame un momento,
que dejaré esta aflicción a tu abandono.
Tendré que dejarla
y tenerte en santo pensamiento,
y es eso y solo eso.

Es así que
dolerte es porque me duele.

A ti te deseo libertad
y que vuelvas como manda tu voluntad.

Luna Curto

Fisura II

Me traés
de allá hasta acá.
Me das
aterrizaje en
tus ojos sin paredes.
Me invitás a
acostarme en
tu crueldad.

Espesa

En la vereda y en el papel
piso

casi

al
borde.

No escribo para nadie que se quiera salvar.

Fisura XI

Expresar

el deseo es

tragar

la infamia.

Montemayor I. Alday,Chih. 2026.

Armando Aparicio

Invierno

Hoy caminé por el centro.
Ahora sí pegó el invierno,
lo sé porque no te tengo.
Se suspendió la temporada de conciertos.

No vi a las putas prostituirse en las esquinas,
vi a los santos resguardarse del frío en las hornacinas,
vi al viejo cantinero servir en la cantina,
vi a los limosneros estirar la mano, y me sentí el mendigo más desdichado,
al estirar el cuello para ver si te veía.

No he podido, y probablemente no podré olvidarte.
¿Dónde estarás calentándote?
Buscándote con mis dedos toqué todas las piedras que estuvieron a mi alcance.
Se me hizo tarde, y si anduviste por ahí,
quiero que sepas que llegamos tarde.

¡Cuánto daño nos hicimos!
¡Pero cómo extraño lo que hicimos!
En aquel bosque perdido, frío,
mientras el fuego, como inexorable presagio de nuestro destino,
anunciaba las últimas crepitaciones de las ramitas secas,

Hoy que estoy herido de muerte,
y sé que no volveré a tenerte,
te pido, para alivio de mi última suerte,
el último te quiero, a secas.

La casa de mi abuela

Hay una casa
que no es chica ni es grande,
donde todos caben:
es la casa de mi abuela.

Allí nadie sufre de hambre,
los malos tiempos y las tempestades pasan desapercibidos,
y hasta el hombre más gruñón,
se vuelve un niño consentido.

Hay una casa
que huele a tequila y suena a danzón,
donde la comida tiene su propio sazón:
es la casa de mi abuela.

Allí me siento en casa,
aunque no sea la mía,
y es que en esa casa el tiempo no avanza,
cuando ella me mira.

“Ya estoy grande, abuela”, le digo.
“Puros perjuicios contigo”, me responde.
Y me río y alcanzo la serenidad,
porque esa es su forma de decirme que me ama.

Hay una casa
en la colonia La Hacienda, calle de Balvanera,
por la ventana se asoma un fantasma:
es la casa de mi abuela.

Anacronismo

Después de todos los poemas de amor,
y de aquellas cartas largas que hubieran sido ridículas
de no ser por tu aprobación,
hoy me encuentro sentado al borde de la cama,
que asoma al precipicio,
escribiendo por última vez acerca de ti.

Después de todos los poemas de amor,
me toca hacerte uno de desamor, el que culmina,
y una carta breve, anacrónica, en donde lo nuestro no muere,
sino nace,
y me pides que te vuelva a leer
lo que escribí por primera vez acerca de ti.

Sé que te has ido para no volver,
aunque no lleve la cuenta de los días,
pues tu perfume dulzón se ha disipado
y ahora siento cómo se pudre el aire encerrado.

Respeto tu decisión,
así como respeto tu lado de la cama, que dibuja tu forma,
y te pienso, porque no soy más
que un sucio coleccionista de recuerdos,
como los cabellos que dejaste arraigándose en la almohada.

En las dos versiones de los hechos
yo he aceptado ser el malo,
en la tuya porque sí, en la mía porque no quedaba de otra.
Quédate con la razón; a mí ya no me sirve de nada,
después de todos los poemas de amor.

Mariana Finochietto

Erótica

Era la luz y era la mañana
de la calma que precede a la tormenta.
Una música azul late en el aire.

El patio
se derrama sobre el mundo
para que yo lo vea.

Hilar

La noche
me desteje.
En hebras me bordo en flores,
hojas azules,
árboles de sombras lentas.

Bordo
pájaros en mi frente,
bordo
las ramitas quebradas por las bestias.

Me hundo
suave en la espesura.
Mi cuerpo se hace follaje:
soy la que recorre
la selva por primera vez.

La calma

La soledad
tiene otra dimensión,
construye otros espacios.
Aquí una silla, aquí el sillón,
el mate repitiéndose, repitiéndose.
El libro queda abierto sobre la mesa.
Es poderosa la ventana, el sauce y su silencio.
Los pájaros atan el lazo azul de la mañana
mientras yo pienso mis respuestas
sin que nadie me pregunte.
El tiempo a solas
siempre sucede
despacio.

Kaldi 1. Alday, Chih. 2026.

Valente Beckdorf

A los pelos de una mujer triste en Westminster

Me pregunto con ironía
al verlos tan idos:
¿y están dolidos? Digan,
¿están afligidos
de tu suerte inoportuna
o sólo convalecientes
ante tantas (y muchas)
de qué, de las cosas
recientes?
Debe ser solo por una.

A los que se peinarán
a esos pelos rojos
que impiden —¡muévanse!—
mirarla a los ojos,
ya nada podrá evitarles languidecer;
ni las lacas, los geles o rizadores,
porque así pasa con los temas de amores

cuando de final se trata,
o se prevé el decaer.

Cavilaciones al arabesco

Desgracias solo
si las miro desde fuera.
Desgracias a la arabesca
me llegan cuando pienso
en lo que era. Lo que admiro,
lo comparo al deseo
o de lámpara o de anillo,
que, un tanto a la burlesca,
no es la estancia
en la que estoy.

¿Llorar en arabesca?
No es lo mío, no.
Es más de Francia,
no del suelo del que soy.
Más bien pasa
que recuerdo un largo amor
y me quedo árabe dormido.
¿Me recuerda con turbantes?
¡Si no ahora, al menos antes!
¿Sentirá arabesco algún dolor?

Pero declaro en cuneiforme
que piso alfombras
y sí en mi casa,

porque soy de quien supone
que... nada pasa. Solo sombras.
¡Oh! Aunque lo que fue no es. Se ha ido.
¡Se fue! Se ha sometido
a nuevas formas de un querer.

Quizá vendrá otro —en otro día—
aún conforme a la medida
que no ha holgado
(todavía).

Otro sentimiento
que me rija,
¡otro amor que sí que exija!
Y será rajá, mi marajá,
emir de tierras orientales,
sultán de mí o mi khalifa,
eterno príncipe y vizir.
Un Khan sólo
en su existir.

Monólogo de una casa (fragmento)

Aquel fin era propio de un evento inevitable,
no fue difícil de creer.
¿Cuál de siete maravillas no acabó en desastre?
¿Cuál volvieron a armar?
¿Lloraron con el contraste?
¡No hubo en bellas construcciones nada estable!
Las casas se deben caer.

En fin,
mis jardines se demolieron y terminaron secos,
de mis salas y sillones recordé el prefacio
pues sus cojines orientales se deshicieron.

Morí y me di cuenta —mis ladrillos estaban huecos.
Nadie me dijo nunca al proporcionar espacio
que a camas donde orquesté sueños las sostuvieron

ya no sus patas, sino libros...o bueno, ecos.
Que sé que todo quién me consideró palacio,
aquellos conmigo en mi fin, hicieron lo que pudieron.

Es mía la cualidad
que por la cantera enfermo.
Con pesadez
desmoroné más cada vez,

ya respondo en debilidad,
y ahora duermo.

Ariana Jordán

Soy

Me agota la tragedia,
no por ser mala.
Lo es, no malentiendan,
pero me agota ser la tragedia.
El sentirla en el sueño,
verla fracturada en espacios,
cadenas en flores,
pisadas en vidrio.

Observo la tragedia sin saber que lo es
en lazos negros que pierden color o coronas
que ahogan en refractarios de agua cristalina.
La locura ya ni me mira por ello,
entendió que vida es tragedia que
mis palabras presagian su manía de no quedarse quieta.

A veces son micro tragedias
la caída en la calle,

la nota despedazada,
pero la tragedia se mantiene latente,
atenta, demasiado frágil para ser contenida,
se construye en pétalos desmayados
y la lluvia imprevista.

Mi tragedia es la tragedia.
La que no me suelta el inconsciente
y aturde mi continuidad.
Apenas se desliza en la mañana
para tomar fuerza en la hora muerta
y, quizás, la dejo por aburrimiento.

Ese atisbo de que algo fallará
lo asiento en el papel rasgado con fecha de ayer
y lo mantengo aislado hasta que cobra
una vida.
Agota, cansa, mancilla el karma y lo vuelve crueldad,
porque me avisa sin decirme todo.

La tragedia llega justo cuando quiero descansar.

Eduard Farràs

Primeros pasos

La seño escanció un cuenco
para golosinas repleto de letras
que ligar.

Te pasabas todo el día trenzando
serpentinas de grafito bajo un
cielo de confeti y una piñata
como sol.

Comprendiste que las guirnaldas
no solo servían para engalanar
el parvulario, sino también para
hacer tu corona de cumpleaños.

Una corona de laurel.

Se acabó la historia

De tanto en tanto conviene sacudir
tu diario por la ventana:
es una alfombra infestada de ácaros.

Que expulse hojas de polvo
al toque lento de las campanas
y el otoño de las fases sepulte
la pérdida de páginas en blanco.

Poder partir

Cuando eres joven debes
aprender a atarte los zapatos.
Así, cuando seas adulto,
sabrás deshacer el nudo
que te amarra a la cuna.

Antigüedades. Alday. Chih. 2026.

Lucía Aráoz

La fuente de los baños de las princesas

Preferí armar
la mochila
en vez de
hacer caso.

Huí hacia el norte.
El sur, decía,
se terminaba
rápido.

Vi el mar en estado salvaje,
mujeres de pelo negro
y pollera,
mormones transpirados.

Comí sopa de maní,
chicha morada,

patacón con arroz,
ceviche fresco.

Conocí un viejo
pintor, una señora
que había sido
embajadora.

Hablé otro idioma
subida a un camión
alto y fuerte
como un departamento.

Olí amargo
las letrinas
y el transporte
de larga distancia.

Tomé caña amarga,
frutillada marcianos,
muña muña,
cachaza y me dormí.

Vi una horda
de animales

hechos de piedra
desde la ventana
del cuarto de tierra
donde viví.

El gesto
era de alumbramiento
y suerte.

Máncora

El ejercicio consistía
en doblar los dedos,
entrelazarlos
de distintas maneras.

La forma empanada
era mi preferida.
También estaban
perro,
globo de la muerte,
y corona.

Las tardes de lluvia,
mi abuela
—frente a la mesa amarilla—
me hacía practicar.

Empezaba:
el chiquito recto,
el más gordo
contra la yema
del índice.

Las instrucciones,
dichas con vehemencia,

variaban
según el resultado.

Aprendida la figura,
me premiaba
con alguna delicia
que fabricaba exactamente
como a mí me gusta.

Cuando crecí
y me fui de viaje,
me clavé una astilla
de madera
en la palma de la mano.

Tan profunda entró
que nunca salió.
Quedó como prueba:
yo hice un fuego gigante
en las playas de Máncora
y las personas
aplaudieron.

Farolito II. Alday, Chih. 2026

Aoshima

Hay una isla
de un archipiélago
cerca de China
donde viven
miles de gatos.

La porción de tierra
rodeada de agua
tiene árboles frutales,
flores de colores fuertes,
pájaros que solo viven
en las ramas altas.

Por la mañana, humanos
y animales saludan al sol,
juegan, se acarician.
A las cinco cae una lluvia
refrescante.
Comen, beben.
Nadie golpea.
Nadie grita.

Corren ríos frondosos,
fáciles de nadar.
Hay tantos peces

que el alimento no se acaba.
Los felinos cazan,
las personas cosechan.

Una casa grande
ocupa el centro.

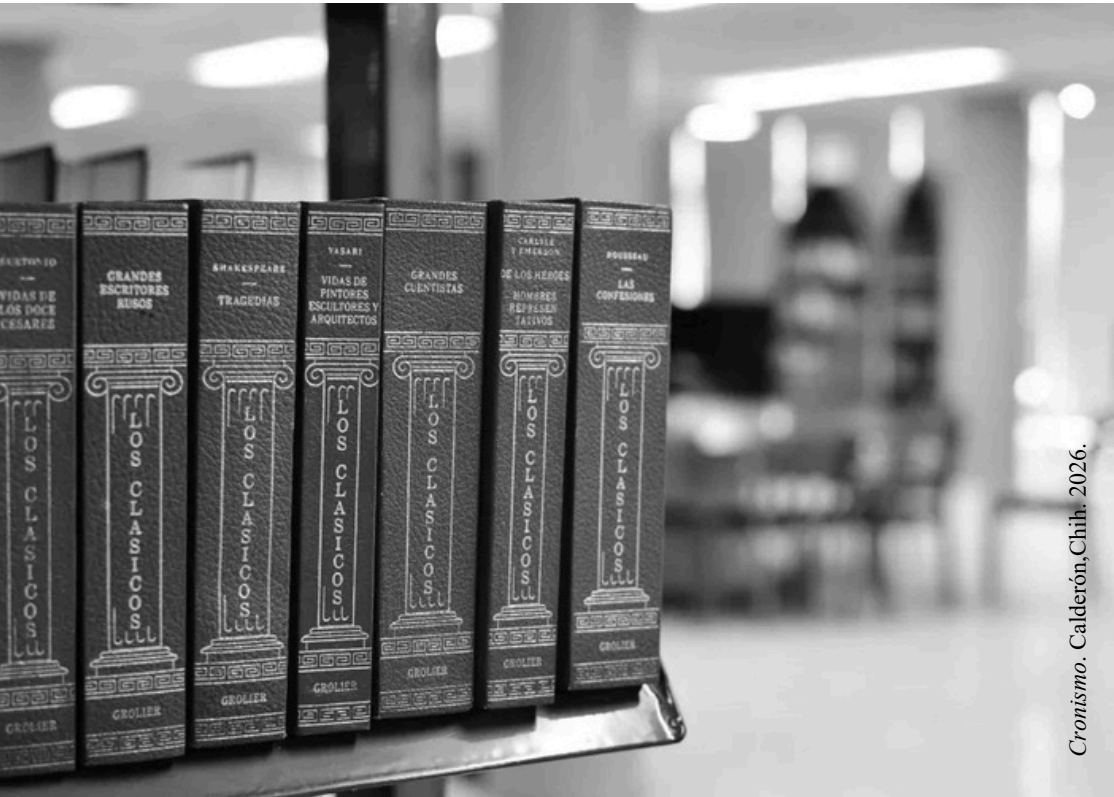
Ahí se descansa,
se comen delicias,
la gente se conoce,
se está con amigos
o se llora.
Pueden ver películas,
hacer música,
bailar,
inventar obras,
pintar con buenos materiales,
escribir en cuadernos con tapas preciosas.

A la madrugada,
después de dormir
entre las piernas
de las personas,
los gatos se internan
en las zonas más profundas.

Hay lugares
que ningún humano
tocó.
El tipo de gato
que más se repite
es el tricolor:
naranja, blanco y negro.

También los hay grises,
suaves como tocar panaderos;
negros, que parecen azules;
atigrados;
té con leche;
blancos que brillan
como apariciones.

Cuando maúllan
parece que hablaran
un idioma.



Cronismo. Calderón, Chih. 2026.

Erbey Mendoza

Leyendo a Juan Gelman o en defensa de la poesía

Menos mal que Juan Gelman
escribió lo que escribió.
De otra forma
yo habría andado por el mundo
sin descubrir jamás,
sin siquiera sospechar,
cuánto necesitaba leer
lo que Juan Gelman escribió.

Montemayor II. Alday, Chih. 2026.

Diego Nervi

Abramos todas las jaulas

Tanta infancia con pantalones rotos,
con vasos tiznados,
molares quebrados,
cianuro carcomiendo memorias de dulce.
Que celebren lo que quieran,
que prendan fuego a todo lo que vean.
Se merece lo que no se tiene,
y se da aquello que ni siquiera los sostiene.

Seremos fuerza.
No tenemos cambio.

Que se vistan de rojo,
que los claveles marquen sus pasos,
que el ruido del mañana sea una marca latente,
incómoda, cruel.

Miga con miga,

pan para mañana,
un vaso de leche
y buenas noches.

Queltehues

Niebla que envuelve las piernas de una ciudad decaída,
árboles que se marchitan,
ojos que gritan.
Tontos, a ratos, imitan,
limitan las frases del repetir.
Un río vuelve siempre a su cauce;
no le dejes partir.

Tarde amanece,
en claro anochece.
No me busques: nada vas a encontrar.
Mis sombras ya no visten de luto,
de charol salen a comprar el pan,
sin vuelto, sin bolsa, sin esperar nada a cambio.
Nadie sabe dónde estará.
Un beso en la frente,
media vuelta y volver a empezar.

Rimar es privar.
Le declaro la muerte a mis consonantes.

Avenida Valdivieso

Querer queriendo sin saber muy bien qué querer.
Corren los pies, corren las canas,
platos y cubiertos doblados,
colmillos de punta en blanco en tonos marmolados.
Brillar brillando sin querer brillar.
El don de bailar quieto,
querer deambular sin prisa,
piedras y libros en repisas viejas.
¿Saber quizá dónde ir?
No lo creo,
más bien disfrutar del no saber.

Oleajes entre pestañas húmedas,
carcomidas mis uñas de tanto pensarte,
odiar la palabra sentipensar.
Sigo buscando identificar un poco los engranajes,
sin entender muy bien la naturaleza muerta.
Creo más bien en no confiar en certezas,
el tiempo pasa y tú perdiste de mí en tu mesa.
Aunque lo haga detesto las rimas,
muerte a las consonantes y a todos mis versos.

Paloma Rojo

Teoría de la evolución

Me pregunto si los primitivos
hombres de las cavernas
sentían este mismo cansancio al cazar.
¿Pintaban en paredes el paso
de las lentas horas hasta el fin de la matanza?
¿Llegaban, al terminar el día, a su cueva
o llanura o pastizal, montaña o choza,
o cualquier lugarcito que pudieran alquilar y le decían
a su mujer, madre de mil hijos, trabajadora de la tierra:
“Mañana, vas a ver, seguro aparece un diente de sable”?

Acá el propósito de nuestros pulgares oponibles:
una generación
tras otra de múltiples trabajos.
Cuando digo generación digo
mi bisabuela contrabandeando telas al enviudar
digo
mi abuela haciendo las cuentas que no hace

su marido economista, ella huye
de la cana embarazada de mi mamá. Digo mi mamá
con dos, tres, cuatro laburos
destruida, casi
muere el año pasado.

Con mi primer trabajo me compré un MP4.
Después lo vendí por más plata.
Una tiene que crearse las oportunidades,
aprender a pescar aunque el río está seco
y la caña te la cobran.
Y hace tiempo que ya no hay peces,
y vos no querés ni pescar ni tirar redes.
Te basta con descubrir dónde
escondieron el tesoro.

La convertibilidad de nuestra moneda no es
una ciencia exacta:
es una alquimia, necromancia.
¡Reviví, Sol de Mayo sin peso, gloriosísimo laurel!
Te amo,
aunque no alcance, te amo.
Pero no alcanza cuando sobrevive
el más apto.

Ya ni quiero comprarme una casa
no quiero grandes lujos.
(mentira)
No aspiro a la vida de rica,
solo quiero entender
el secreto de los otros.

¿Cómo lo hacen? Yo recién aprendí
hoy —al romperse la cadenita de mi collar—
que hace miles de millones de años
la especie humana
—agotado *australopithecus*—
evolucionó para que yo pudiera
unir con los dientes carne
de metal con carne de metal,
juntar las dos cuentas de mi cadena maltrecha
mientras me preparo para salir
a puro mordisco. Plata falsa en mi boca
una dentadura moderna que da cuenta de
mi dieta omnívora y variada.

Si acaso hoy hubiera mordido
algo más que metal sobre metal,
gusto oxidado, y es la sangre y es la cadena
de este animal que no muere

en las cuentas, con mi saliva,
este instinto por sobrevivir.

Cacería

Escribe el poema como caza a un animal.

No va a ser siempre un ciervo dorado, no, hay que agachar
la vista, buscar a una codorniz.
Cuello frágil suave entre los dedos pero en un movimiento
se rompe.

O es una liebre: nadie diría que esos ojos estúpidos
que miran directamente al fondo de su mira
podían escapar tan rápido.

A veces ella es el animal en la madriguera.

¿Dónde termina el hambre, eso que araña las paredes y
empieza su cuerpo? Cuerpo

que no se acuesta mansamente al sol, oso de mil cabezas
a derrotar bestia que hiberna y brama.
Mama la sangre. La reconforta la herida; se deja

convertir en garrapata.

Siempre puede recolectar más comida, sobrevivir al invierno
y a las trampas, siempre puede ensanchar las palabras,
así es como funciona la necesidad.

Todo lo que sabe de la caza, lo sabe por la poesía:

cómo posicionar el cuerpo arrodillado, casi pegado al piso,
como si escuchara un corazón
viejo,

como si rezara, y en silencio tuviera que esperar horas
una aparición.

Entonces, cuando del verde emerja un jabalí, no apuntar al
filo de los colmillos, sino a lo blando de la panza.
El disparo tiene que ser certero.

No está bien dejar a un ser vivo moribundo, luchando
por su alma que se le va, desangrándose lentamente
mientras decide si rematarlo o hacer inútil presión
en la arteria pulsante.

Tampoco se puede colgar su cabeza como un trofeo,
hacer del pelaje una alfombra.

Mejor llevarse el cuerpo al hombro, carnearlo sobre la mesa
de la cocina, abrirlo y ahí, tendones y todo, dejar que la
alimente, hacer de su piel un abrigo ante el frío.

Para ese momento ya da igual el nombre de su presa.

Musa, ciervo dorado jabalí, codorniz, o liebre estúpida
mirando con sus ojos tranquilos y estúpidos,
sabe que nadie
la puede atrapar.

Para sobrevivir al frío

Para sobrevivir al frío
nombro los objetos que amo.
Este otoño, por ejemplo,
la sopa de calabaza sobre la que envuelvo
mis manos como pañuelos,
el dulzor al fondo de la garganta
(la hice con mostaza)
y también la sorpresa
de mi diente al descubrir
su semilla dura, ese caparazón que aguantó
las cuchillas de la trituradora.

También amo
el suavizante Comfort
Violetas del Monte sobre mis
buzos, pantalones, camisas, sábanas, medias.
Entierro la cara entre telas aromáticas,
como abrazando a mi mamá.
Imagino que este sentimiento puede durar para siempre,
imagino que esto es una respuesta
mientras cuelgo a mis amigas a secar
el dolor hecho agua.
Duermen limpias y tibias sobre mi ténder
al sol en el lavadero
donde entra todo lo sagrado.

Esta semana escribí tres poemas
¡tres!
No pensé en si eran malos o buenos,
si iban a salvarme la vida
o a atravesarme el corazón.
Solo quise
sobrevivir al frío.

Noventa y nueve. Calderón, Chih. 2026.

Gemma Gómez

A veces un poema está vacío
porque estás haciendo la colada.
Se te cae el calcetín, las bragas.
A veces un poema está vacío
porque tienes que fregar,
hacer la comida, cambiar un pañal.

A veces el poema está ~~vacío~~
dices:
"Lo siento
no tengo carne en las yemas.
Soy como un árbol yermo
porque las raíces tienen que limpiar
antes de escribir un tronco,
unas ramas,
unas hojas que den frutos".

A veces un poema está.

Despedida. Alday, Chih. 2026.

Federico Rizzo

Hombre

Soy hombre.
Hombre hecho
de asfalto y
cemento,
de níquel en
la sangre y
platino en los
huesos.

Soy hombre.
Hombre hecho
de verbos y
sustantivos,
de viejas lenguas
de viejos hilos ya
descoloridos, y
de antiguos ritos.

Un estertor,
un viejo latido y
soy hombre en
arenas nacido,
entre médanos he crecido.

El mar, la sal,
la espuma blanca,
oleaje infinito,
títere del cruel
desgastado destino, soy,
soy hombre,
hombre hecho
contigo.

Oda a la ciruela

Te ofreces en
redondeada preñez
morena.
El sol de la canícula
tu piel broncea, y
en frescas y
cristalinas gotas de
rocío
bañada.
Tersa piel,
firme carne,
humilde corazón.

Rosa morada
nacida en verdes manos,
pendes al viento,
con brisas estivales
moldeada.
Te nos regalas,
alimento del labriego
en tardes de ardua
jornada, en suave
pulpa amarilla,
dulce carne
que perfumas nuestras
vidas.

Silicanto. Alday, Chih. 2026.

Mauro Costanzo

Abandono perfecto

Fuimos cantando,
pensando en verde,
hablando un lenguaje de humo,
diseñando al mundo en garabatos.

Fuimos soñando fantasmas,
caminando en una suspendida ingravidez
sobre un instante elástico,
estirando la cuerda del tiempo
con asombro de flor.

Coloreando la luz en materia,
desvaneciéndome en tu apertura,
fuiste entregándome poco a poco en espirales de agua verde,
meciéndome en tu oleaje de porcelana.

Fuimos y fuiste cantando,
trotamundos de mil ojos.

Estuviste aquí y desde allá vislumbraste tu maravillosa
obra del tiempo,
desviviéndonos en armonía
fuimos adhiriéndonos a un abrazo de sentimientos,
entrelazados dibujando formas,
anhelando la quietud nos vamos desdibujando
en nombres y recuerdos y lugares.

Hasta que me atrapa de nuevo tu sonrisa,
me voy sin voltear atrás,
me rindo en silencio.
Una marea me va borrando hacia la costa del tiempo,
mi abandono perfecto,
muerte y final del juego.

Dulce encantamiento

¿Cuántos dioses se necesitan para un minuto de silencio?

Subimos hacia la cumbre de la verdad,
donde nada sabe ella de sí misma.
Reloj que arde, hundiéndose lentamente en un mar más allá.

Un instinto me reclama hacia el sol de medianoche.
Mis dedos tocan el viento como si fuera un arpa.
Se abren las puertas de tu corazón de niebla
y se desprende el misterio que cargaba dulcemente mi alma.

Mirífica sensación de libertad
que me regala un inmenso minuto de silencio.

Y entonces extraño la vida.
Quiero regresar al tiempo,
saborear mi vehículo en el vaivén de las horas.
Siento el peso de un momento que le quiebra la máscara
al mundo,
proféticamente estático,
exóticamente perfecto.

Arde el sol,
Movimiento lunar en mi cabeza.
Mareas que suben e inundan la superficie de las ideas.

Cierro los ojos y en un instante se borra mi vida entera.
Eco de mi libertad,
máscara secreta de Dios.

En la cumbre de la montaña me vuelco sobre mí mismo.
Me regalaste una mentira y decidí atragantarme
de su verdad.
Y se me enciman los días y las noches, y
todo vuelve a empezar.

¿Cuántos dioses hacen falta para un minuto de silencio?

Qué encanto tan dulce.
Qué hermosa esta fe tan ciega.
Escogí la vida cuando no había nada,
caí sobre una ilusión
y me reinventé en la magia.

Palmera

Quieta con sus cabellos danzantes,
dejándose despeinar por el viento,
mis ojos van poco a poco subiendo sobre su cuerpo.
Olor a sal,
sensación de tiempo y tiempo en silencio,
contemplación hacia dentro.

Duermes sobre la arena y los dedos de tus palmas me incitan
a pensar en la lluvia.
Cosquilleas el viento,
sonríes discretamente hacia tu sombra
donde yo descanso
y desinteresadamente admiro tu permanencia.
Tú no sabes nada
y no tienes nada qué saber.
Contémplame contemplarte y ríete de mi necesidad
de entender.

Vi a mis ojos caminando sobre tu cuerpo.
Los vi deslizándose por tus cabellos y,
sin que me diera cuenta, los aventaste al cielo.
Todo esto mientras tú mirabas el mar,
te entregabas completamente a la caricia del sol,
te dejabas despeinar por el viento.
Eres tan fácil,

te sabes tan sencilla,
mientras yo me desvivo bajo la sombra de tu piel.

Quiero llegar a ti,
pero estás tan pausada y completa en tu entrega.
Quiero palmera,
aunque nada sabes de mí.
Quiero palmera,
pero estás tan lejos en tu ausencia perfecta.
Te escribo y tú nunca vas a saber.
Quiero palmera,
deseo palmera,
y así siempre va a ser.

Isabel Crisalys

Oigo
voces que me nombran
y no he sido

el vuelo de la abeja reina
contiene al silencio
y su revés sagrado.
A ella pertenecen la verticalidad
y el misterio que envejece
junto a la ausencia

y yo, y la otra como caída,
miramos el tarot sobre la mesa:
coro en labios de adivinas o hechiceras,
sembradío de espejos que me repiten
en sueño de ave, pero antigua siempre,
acaso más lejos de mí misma,
intocable.

Me recuerdo Eva

en la última carta
echada al viento.

Cruzado el umbral,
las moscas doradas vinieron a verte.
Detrás de tu sombra,
la boca de la anciana abrió tu nombre al aire
y a todo el polvo lo devoraron los zumbidos.
Te miraste distinta en las aguas negras de los caballos
que traen el cielo murmurando en sus pestañas.

Alguien dijo una palabra
y con ella te fuiste haciendo
transparencia de sol.

René Peregrina

Del jardín

Al dormir el día, las flores y los árboles
susurran, hasta el rocío,
las confidencias que el viento
soltó sobre sus hojas.

Quizá por eso,
bajo pena de muerte,
el saltamontes insiste cantar
sin temor al sapo o al murciélago...
o quizá, sólo sueño
que alguien consuela al jardín,
porque hoy me siento árbol.

La fuente

Quizá la piedra está herida
y la roca lloré desde su boca.
Quizá el aire sangra, quizá
el viento tiembla de frío.

Michaela Osorio

Crepuscular

Algunas tardes observa el río
sabe que en su claridad
encuentra respuestas
a todo lo que no busca
ni espera.

Urgencias

Hay una piel que quiere sacarse.
Necesita despojarse del recuerdo,
de la tibieza,
del peso.

Hay una piel que quiere sacarse y no lo consigue.
Las otras pieles no borran las marcas.
No se sienten igual;
son livianos.

Hay una piel que quiere sacarse
porque le pesa,
porque resuena su voz
en las noches que elige otras pieles
para olvidarse.

Loop

Un año más de mirarse
en ese mismo mar,
esa piel que la envuelve.
Laberinto del tiempo y el azar
que teje las trampas
de lo que nunca termina
de ser.

Jazmín estrellado. Alday,Chih. 2026.

Lauda

I

Ya no puedo ser yo
porque no soy el cuerpo que habito,
ni los huesos que me sujetan,
conscientes del hastío carnal
para los místicos arrepentimientos
porque no soy el río donde se ahogan los tiempos
y evocan los temores inciertos
con esas pláticas entabladas con cuerpos pasados.

Porque no soy toda la luz que hago ver,
que he puesto tantas sábanas sobre mi luz,
que al final solo habitó un sol de medianoche
que escoraba mientras señalaba con mis falanges
coronas de redención.

En consecuencia,
mis extremidades posadas como una virgen,
con mis lagrimas encamadas en mis mejillas,

tanta estética que hice hermoso mi dolor.
Hay estatuas mías por todo el colegio.
Pegado a los muros,
mirando al piso,
con canciones diferentes.

No pregunten qué pensaba.
Hay poco de lo que llevaba.
Jamás dejé de ser principiante:
no supe de qué hablaban muchos libros,
no supe contar bien muchos cuentos,
jamás alcancé la geometría perfecta.

¿Te gustaría saber cómo sonaba por dentro?
Arroja una carta y espera a enterarte
que jamás lograrás saber si tocó el vacío,
si por dentro alguna vez hubo un solo límite
o tan solo un palpable relieve.

Ya no puedo ser yo,
jamás fui yo.

VI

Até mis manos
con venas de otro cuerpo,
mastiqué cristal para atrapar tus lágrimas,
hubo que dibujarme cólera en todos mis brazos,
dejar caer todo mi peso a tu velo
colgado en tu caparazón de metralla,
recubierto por telaraña de sábanas.
Aún así veía esa miel humana.

Lo olvidado pero acontecido,
que haya conocido el desborde de tu hambre.
Tantas manos al suelo como una diosa perdida.
Músculos y todo hueso crispados al concreto,
recados pasados entretejidos por las voces
resultantes de la junta para el eterno viaje.

Agricultora vocal, dejaste suaves racimos.
Viene perpetuada de torceduras y estirones,
ramalazos de historias que jamás contaste,
y así quedaste,
rebobinada a cuerdas de memoria,
inmortal bajo recuerdos de otros cuentistas.

VIII

Moriré joven y no podré...
No podré ver a mis amigos casarse,
verlos crecer,
verlos padres, madres
maduros.

Moriré joven y jamás,
y jamás escribiré un libro.
No podré regar las flores
con una columna encorvada
por el peso del tiempo.

Moriré joven y no veré...
No veré a mi amor morir,
ni me sentaré a lado de su lauda
a platicarle el día
lo que ha sido de nuestra casa.

Moriré joven y no iré...
No iré a correr con mis niños,
tocar su cabello.
Que de mi vida haya otras vidas...
No estaré.

Joven.

Moriré joven;
no seré viejo.

Exterior. Alday, Chih. 2026.

Alejandro Burbano

1942

Tu charco de madera se me ha estado apareciendo,
(aguanta un poco al tono que te sigo)
se me arrima a la media,
como si fuera carrera ya avanzada.

Vuelo al charco deslechado
de alfombra tersa, y tu dedo gordo
del pie pujando en mi cachete inflado.

En tus pies vuelvo cómo la arena se nota brillante.
La puerta alcanza a ver la tierra que deja el instante.

Espera, Alday, Chih. 2026.

María Sanchez

Presagio

Quiero recordar
si hubo señales que no vi,
si tenía los ojos abiertos
o cerrados,
cuando estaba en la orilla
y subió la marea
para inundarlo todo.

Ofrenda

Como semillas
dejo en la tierra
mis intenciones.
Imagino camelias
flores que se abren
en invierno.

Fugacidad

Estoy atenta
al paso de la luz
sobre las cosas.
Registrar la suavidad
es mi ejercicio cotidiano.
No hay rutinas
en las revelaciones.

Kaldi II. Alday,Chih. 2026.

Jonathan Cucunubo

Sueño infinito

Sueño con un mundo donde el aire
no pesa,
y caminar no es llegar a ninguna parte
sino una forma de respirar.

Sueño con un mundo donde amanecer
no obliga a nada,
y la tarde se extiende tranquila
como un gato al sol sobre el pavimento.

Sueño con un mundo donde los relojes
son apenas una cortesía,
y nadie pregunta por qué
uno tarda tanto en florecer.

Sueño con un mundo donde las deudas
y las culpas se disuelven
como azúcar en agua tibia,
y no vuelve a doler lo que pasó.

Sueño con un mundo donde los nombres
no pesan en la lengua,
y los afectos no exigen promesas:
basta con estar cerca.

Sueño con un mundo donde el pan
sabe de nuevo a pan,
y los gestos no se explican,
porque cualquier gesto es suficiente.

Sueño con un mundo donde la lluvia
solo moja las plantas,
y deja intactos los hombros
de los que hemos aprendido a temblar.

Sueño con un mundo donde el silencio
no es sospechoso,
sino un cuarto acogedor
en el que puedo descansar.

Y sueño con un mundo donde yo,
sin mérito ni derrota,
puedo quedarme quieto,
celebrar lo pequeño,
y ser feliz
sin preguntarme si lo merezco.

Búho

Soñé con un búho
posado en la cima de un árbol
que ya no estaba frente a mí.

El árbol yacía atrás,
en el lugar exacto del pasado,
y aún así sus ojos
me alcanzaban.

No era una mirada que juzga,
sino esa forma antigua de vigilar
sin interrumpir el camino,
como si alguien cuidara
mis pasos
mientras yo avanzaba sin saber.

Siempre pensé que los búhos
sabían esperar.
Que entendían la noche
como se entiende un secreto:
con paciencia.

Por eso te regalé tantos.
De madera, de tela, de barro,
dibujados, bordados, diminutos.

Fueron quedándose en tu habitación
como una constelación doméstica,
una vigilia suave sobre tus cosas,
sobre tus sueños.

A veces imagino
que todos esos búhos
se miran entre sí cuando cae la noche,
y que alguno —quizás el más antiguo—
recuerda mi nombre.

Dicen que el búho
ve lo que otros no ven,
que habita el umbral
entre la sombra y la claridad.
Yo solo sé
que cuando pienso en ellos
no pienso en la noche,
sino en el cuidado.

Ese búho del sueño
no se movía.
No llamó.
No voló.
Solo estuvo ahí,

sosteniendo el silencio
como quien sostiene a alguien
para que no caiga.

Tal vez eso fue lo nuestro:
una forma quieta de acompañar,
una presencia que no exigía el día,
pero no abandonaba la noche.

El árbol sigue atrás.
El camino continúa.
Y, sin embargo,
a veces siento
que aún me miras
desde tu rama,
con esos ojos redondos
que no piden nada
y lo saben todo.

Turquesa

El negro fue durante años
mi manera de estar en el mundo.
Sábanas frías,
fotografías borrosas,
papeles doblados,
bolsillos vacíos,
habitaciones oscuras.
Todo cabía ahí.

Después apareció el turquesa.
Primero en detalles mínimos,
luego en la memoria,
hasta volverse persistente.

Era tu color.
Quedó adherido a las cosas
y empezó a pasar a otras zonas:
a la luz de ciertos días,
a la forma de mirar el agua,
a un tono distinto del silencio.

Desde entonces el negro cambió.
No desapareció,
pero algo lo cruza:
una claridad que no busca consuelo

y aun así permanece.

El turquesa sigue ahí,
sin pedir permiso.
A veces basta verlo
para entender
que hay colores que no se eligen
y se quedan
como una huella tranquila.

Ruben Domene

Cien cerros serré
y ni una hoguera.
Le vi el diente al caballo,
el vientre a mayo,
y no hay tan maño sallo,
ni paño mojado,
que sueñe con el sol
de ahí fuera.

Dormido moví la luna,
le di olvido a la diurna duna
y le di al muerto urna
y al vivo ninguna.

El que sueña con eclipses,
sombras desayuna.

Si me das llanuras,
plantaré manzanos.
Si me das prados,
te haré mil pinturas.
Si mis dudas duran demasiado,
te haré una escultura.
Y si en la altura suenan tunas,
haz de mis campos nuevas dudas.

Se fijó en cómo mi estrés
sale triste, seco y sin gracia de mis manos.
Y como si fuese farmacia,
su ombligo de venus
me dio una caricia.
Puso su seda sobre mi recia tez,
y que así suceda,
una y otra vez,
porque la solera de mi desasosiego
suma y suma
en vez de dejarse beber.
Como si fuese pluma
—tan discreta—
me escribió vuela,

juntemos las alas.

Y yo aquí apretando las muelas,
pariendo abuelas,
y soplando dunas.
Y yo aquí,
y ella no sé dónde.
Y yo allí,
y eso que ella no se esconde.
Y yo lleno de llamas,
de secas llanuras.
Y yo, que parece que no lloro desde la cuna,

me voy a la cama
a soñar que mis manos no se sanen nunca.

Qué buen suspiro tras trago blanco.
Qué mal este nido de humo muerto.

—¡Quiero confesarme, señor Ramón!
—Entre usted a la iglesia, entonces.
—No límite mi desdicha a un charco lleno de rezos.
—No limites tu mentira a un abrazo sin besos.
—No me venga con metáforas, señor Ramón.
—No hagas, entonces, que me afloren las poesías.
—Quiero una respuesta clara
—Entonces, ¿qué buscas?
—Olvidarme de aquello que no recuerdo, dar tregua a mi futuro sin intriga, forjar mi fuego, fermentar el alma y beber su alcohol. Vivir solo. Dejarme flequillo. Dibujar un sol.
—Damián, estás calvo.
—Sueños más profundos se tienen, señor Ramón.
—Entonces, ¿qué escondes?
—Escondo quimeras en calma, cantos inocuos, calimas, catedrales, coitos. Escondo cervezas en el jardín y cigarros a cartón. Escondo al ladrón robado, al robusto roble y al jarrón dorado. Escondo condes y jorobados. Escondo intriga y tragos, togas y dagas. Escondo el fin y el favor. Escondo el huir y me entrego al amor.
—¿No amas, Damián, a Dios?

“Dios es uno y está en todos y fuera os estáis matando por él por ponerle apodo”.

—¡Disculpe, señor Ramón! No sé porqué se encendió la música de mi teléfono!
—Tranquilo. Te decía, ¿no amas si no a Dios?
—Adiós, señor Ramón.
—¡Espera! ¿Porqué me evitas?
—Porque ya vi lo que encontré. y al menos me distraje con los arcos y el ropaje de su templo.
—Deja, al menos, una vela a los muertos.
—La dejaré en mi cuarto por si mientras duermo tumba.

Ivanna Méndez

Antes del primer corte

Cada victoria
dura
lo que tarda
en abrirse la herida.

Por eso a veces me gustaría
ver
al toro ganar.

Para variar.

Sería casi una
forma de justicia.

Dos cuerpos enfrentados.

Uno sabe
por qué está allí.

El otro

no tuvo elección.

Se estudian.

Se miden.

Esperan.

Hay un momento

antes del primer corte

en que ambos
respiran igual.

Después

ya no.

Pigmalión

Soy la voz de tu conciencia.

La que te grita, callada,
que algo no anda nada bien.

Que lo que recuerdas es cierto

No lo dudes.

Así
aprendiste

a moverte

d e s p a c i o

para no romper
nada.

A no devolver
la lanza
por temor a
lo siguiente

(Mientras
la rabia
como un vidrio en la boca).

Por eso es que ya conoces
de memoria
las respuestas correctas.

Ya sabes qué hacer
para calmar a
la bestia.

Y es que hay un momento
en que
la piel
ya no se resiste.

Sobrevivir
también es una forma
de obedecer.

Conrado Parraguirre

Mi cráneo es un cuenco para el manantial del universo

Tengo más de 500 años
con una herida que no cicatriza.

El pus ha heredado este territorio
que, de todas maneras, no nos pertenece.

Infecto he sobrevivido
a la ruindad y bajeza
de una estirpe que me niega
en su propia miseria.

Un espejo lunar mira la desgracia
y sangra su penca de rayos plateados
sobre la milpa de nuestra tristeza.

Escucho el ritual del lamento
mientras mis dedos acarician la tierra

para profanar otro daño
que tampoco he deseado.

De madrugada
el gallo refulge,
el sol se arrastra,
mi cráneo es un cuenco
para el manantial del universo,
que desborda el gusto
de un lenguaje

a cacao.

Al filo del viento,
refugio el canto,
dentro del mangle de la memoria,

pues otros días llegarán
para seguir compartiendo
el itacate del tiempo.

Frandys Oropeza

El hogar

Tengo una tristeza severa
y fumo cigarrillos compulsivamente.
Los poemas salen
como disparos hacia todas partes,
armando marcas suicidas
en cada extremo de mi pecho.
Calculo que el vientre del cenicero,
que, abortado en las cenizas
seculares de varias partidas,
no lanzan los mismos espasmos
en la dirección contraria del cuerpo.

He sido el hogar, por eso nadie se queda
vagando en notas que abandoné
hacía mucho tiempo atrás.
Retorno a las malas clarividencias de nihilismos sonoros
en su rito mezclado con el cuerpo
y con las cuántas formas para morir.

Quiero matarme, y acabar encima de la mesa,
atravesado por las cuatro paredes,
que ya no lastiman mis ojos.

En el calvario de estar cruzando la calle dos veces por día,
ya veo la hoja —las palabras— desde el lado muerto
del que he sido hogar para los que necesitan una boca.
Es la temporada de una tempestad que volvió para quedarse,
agarrándote la garganta hasta exprimir la última nota de humo,
para frenar el paso del aire limpio por el cuerpo.
Lágrimas que no saldrán, estarán presionando como uñas
en una cabeza de mil agujas,
porque ya los demonios son objetos conocidos
que han jugado en la pantomima de que este día
estaba tan cerca que los microorganismos
de una felicidad
(eran los dados sacando pares en el mundo)
que no era para mí,
cuya agonía,
tendrá la lengua seca en las plegarias de un dios
que le dio muchas cosas por las qué pensar, y ser
no está mal.

Seguir oyendo cómo se juntan las palabras
aglutinadas en el torrente de humo
que se mueve en todas estas cuatro paredes.
Porque la puerta ya no existe,

porque ya la casa no está,
porque tengo una tristeza severa
y tendré que comerme la boca
hasta el medio del pecho
para encontrar
la manera de incendiar las horas
e inmolarme
por dentro
una vez más.

Tristeza severa

Levantarse de la cama
es un golpe directo al hígado
de promesas impuestas.
Desprende de ti
el teatro del humo que viste allá afuera.
Por encima de los tejados,
se mimetizan los colores vinculados
al caos.

Observo la existencia en 36mm,
como en una película de *Bela Tarr,*
donde todo pasa con gravedad en su violencia etílica:
ladran los perros afuera,
los borrachos vuelven a conocer los ritmos impacientes del
fin de siglo,
y, en otras camas,
se embisten en una masturbación seca,
mirándose a la cara
(o esquivando las cicatrices).

Las moscas siguen moviéndose en el cuarto.
Un halo de luz cruza las cuatro paredes,
arrimándose al perfil vago
de una desesperación asfixiante
que busca un respiro

desde el cuello de un dolor conocido.
Se sueltan las extremidades
y comienza todo a moverse por mecanicidad intuitiva:
ojos que se miran por dentro;
boca seca traslada la sal;
una cabeza con dibujos cortados en pensamientos montados
en un sueño
de Eisenstein;
notificaciones de un teléfono que, apagado, duerme tirado
como un juguete encima de millones de libros.

Coloca un pie en el piso
buscando disipar el mareo de una depresión letal.
Mientras se enjuaga la cara con una ansiedad suave en los
dientes,
busca los lentes para enfocar el halo de luz
surcando la habitación.
Sueños que se disparan entre sí
cuando solo su sangre corre,
como asesinados diariamente en un bucle
que pasa solo por la madrugada.
No hay iniciativa en el decir mientras se atraviesa una
plegaria
y, buscando en el pecho,
una sensación que lo invada hasta el movimiento de las
manos.

Logra levantarse sumando el otro pie a la marcha.
Las manchas comienzan a colocarse
brevemente en los ojos
y puede mirarse hacia afuera.
El olor a café viaja de un extremo hasta el olfato de ese cuerpo,
se acerca en forma de niño hasta que enciende el cigarrillo,
cortándose el pecho para adentrarse en una adultez
que ya no pesa tanto en los hombros.
Una niña que estudia hasta tarde se acerca en los estados de WhatsApp,
y vuelve a dormirse en su juventud peyorativa.
Los colores de su cabello danzan encima de la almohada,
porque tiene tantos amores para pocas decisiones.
Por eso duerme.

Mientras tomo el café, el cigarrillo se hunde
en el paisaje que brilla en una candidez subliminal.
Es domingo. Hay que sacar la ropa,
como el cuerpo a lavarse con sal y pena.
La brisa toca la boca
hasta hacerla parte de palabras que no sangran más
que en el pecho de una tristeza.
“Está bien”, se dice,
“solo es una temporada de la que siempre es parte”.
Consume el cigarrillo encima de la mesa,
en tanto los pájaros arruinan el silencio

sobre un frío que carece de sentido
en la muerte.
Hay que moverse para que lo que suele ser humano,
convenza a la vida. Por ello,
surca el patio con un cigarrillo
en medio de los labios
hacia el vaho que deja el sol,
hasta que se apague la mañana,
y nada tenga qué hacer.

Terraza. Alday, Chih. 2026

La tarde

Cuando llegue la felicidad,
no la reconoceré.
Es algo que ronda mi cabeza a diario,
pese a que no insista en ella.
Recorre cada tramo de la memoria
como caminado de un cuarto a otro,
con mesura en una desnudez sublime.
Entre risas, su afán sexual
inclina la pelvis
para masturbarse frente al ojo
que la observa con breves espasmos
en ambas manos.
Puede tocarse lo que ha sido de tantos
pero no lo que ha sido de uno solo,
aunque su carácter posesivo puede cambiar de estímulo
y venderse ante la precariedad
de las situaciones que llevan a irse.

Los cigarrillos se consumen en una mano cortada
encima de la cama,
sangre que se coagula en un rito esquimal
para la primavera polar.
Bocas repletas de ismos
conducen una delgada facultad de muerte
que convierte la vida en carne.

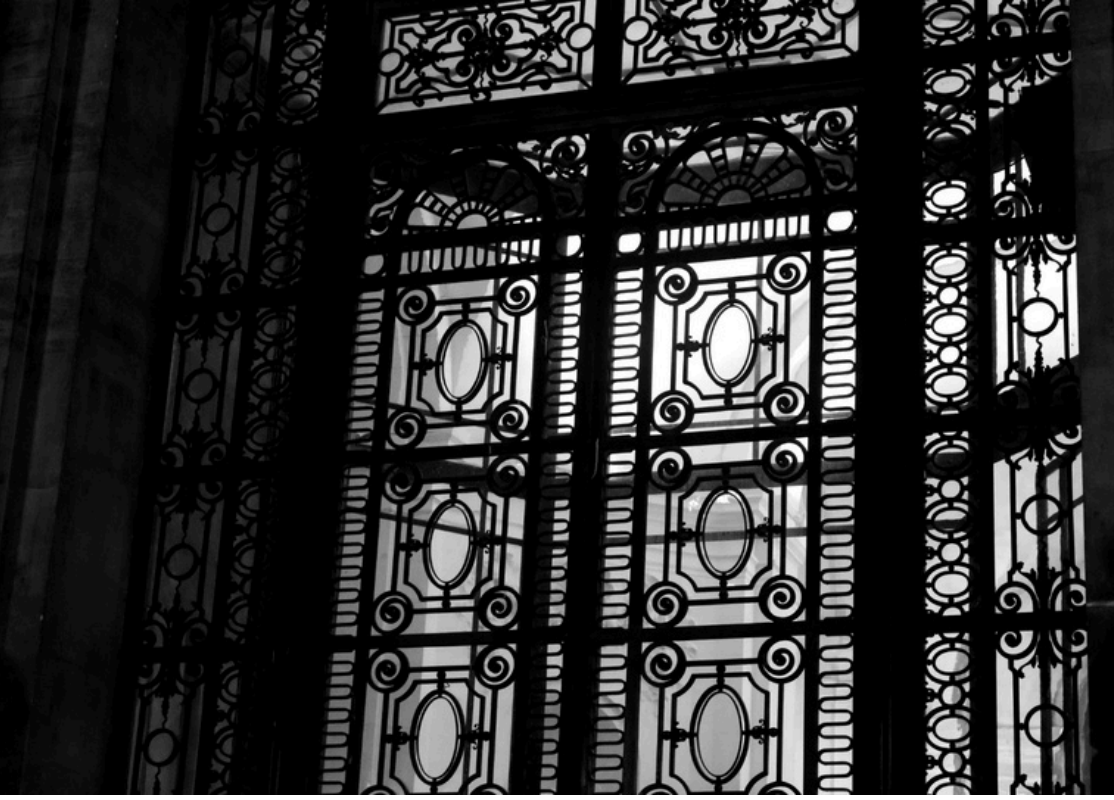
Rodarán en los espejos las imágenes de sexos pulidos,
gimiendo en un hedor peculiar para que las molestias
sigan pasando unas cuantas veces en el ritmo
de una cicatriz danzante.

Es común saber que esto sucede,
pero en la duda umbilical de los abrazos postergados,
dejan los pies por delante
en el ataúd de una habitación sellada
hasta los gritos selectivos que tientan las ganas de existir.
Una cabeza amueblada de penas no reconoce lugares vacíos
centrados en las dinámicas celestes,
cuando tengan que poner el sello prometido
de un dios que aún duerme en el fuego,
puede que los trazos faltantes de los libros (mal escritos)
en poemas mal redactados y mal logrados
de sueños que no son más que eso
sueños
terminen de cortar la garganta para la cena.

Son las 4:45pm,
las habitaciones miran pasar el sexo trastornado
de una felicidad en dos patas, y se quedan mirando
por qué siempre llegan tarde
cuando la han embestido de sangre y sal.
¿Por qué una tumba en algún lugar llora
sabiendo que las promesas solo las hacen

algunas personas y, a veces, en el afán de morir,
siguen perpetuando la esperanza
en las manos apretadas de una plegaria?

Siguen cayendo las hojas y sabrán su lugar
en las cuatro paredes.
¿Por qué en las habitaciones cerradas,
la felicidad viene sólo a asomarse,
acostumbrando al cuerpo que ya no es hogar,
a vivir tristemente,
en su noctámbula quietud de oruga,
salpicando con lágrimas curtidas
una sabia de la que ya no sabe a dónde llevar?
Así que, cuando cruces la puerta,
si es que te detienes,
quítate los zapatos, y no dejes migajas
si no vas a cambiar las sábanas.



Viajes. Beckdorf. 2026

Marcos Lozano

Mundo alumbrado

Tú y yo, te inventamos.
Ciudad que, ahora en un alba
de azahar y de sol,
desbocada nace al mundo.
Ciudad aún imprecisa,
con sangre, luz y ensueño
en sus blancas fachadas.

Así todo es un resplandor
que se arrulla como latido
de un blanco florecer.
Paraíso en resurrección
al que los delicados rayos
de la aurora dan la mano.

Y no sé qué amanecer
sobre los edificios vamos dejando,
ni qué sol maquinal

ilumina la vega, el río, las calles,
estrechas e insomnes,
interiores de nuestra dicha.
Mas ya alumbrado el mundo,
con nuestras luces de ayer distantes
y hoy parejas, todo
es una honda inmarcesible,
victoriosa ante toda oscuridad.

Sexualidad

Pienso en tu misterio.
Superado el sentir del corazón,
veo hoy su encarnación voraz
y concupiscente en la carne,
cual volcán lúbrico de Venus.
Noto su erupción: está en éxtasis.
Y ello, me expele toda reminiscencia
de un anhelo vetusto y trasnochado
que fue amoroso, para ir degenerando
paulatinamente en lato placer.

Sí. Pienso ahora en tu carne:
sinuosos arcos que —en descenso—
van a dar al vientre condescendiente,
quemazón quebrada entre muerte y vida,
odorífera veracidad pulsada en ardor,
donde al conectar el cráter del sexo
de la amada a la misma conciencia
pélvica de lo inmediato, el propio
ser va mucho más allá de sí mismo
y se aferra obstinado
a la otredad.

¡Oh, védica culminación azufrada!
Aquel hervidero que todo arrastra

entre ensordecedores estallidos
para luego hacerse un silencio
absoluto. Una pura oscuridad
que solo la Muerte concibe
desde el destino crepuscular
de un sencillo y atroz gozne,
atrapado en su quieto cubículo:
donde sigo pensando en tu sexo.

Botella imposible

Hay una pared en esta celda
donde refulge mi cigarrillo.
Su humo entona un vendaval
y una negrura ahoga la sutil
vidriera que allí debería estar...
¡Sí, esa misma que preexistía
y que ahora no desea hallarse
suspensa en claridad alguna!

Y aunque nada permanezca,
sí puedo percibir cómo llueve
como nunca antes, fuera de mi
taciturno y velado aislamiento,
mientras sostengo en la mano
una pena muerta de aguacero.
Aquella botella carente de vino,
que —llorando sola en su resaca—
dice de sí misma: ¡Ay, vino mío,
que huérfano te quedaste al fin!

Así, tras reconocer el estertor
reflejado en su malar vidriado,
vino a mí, alusión de vivencias
entre dos metrópolis ambarinas
y sendas hermandades jurguinas,

locos amoríos de solícita ventura
y parientes que ayer eran floridos.
¡Cuál siemprevivas, de vivificante
ensueño que no puede desaguarse!

De esta mi suerte pude brindar
y departir aquella misma botella
—mas hoy vacía entre mis manos—
que antes desbordaba ambrosías
en un mar altisonante y jaranero,
donde navegaban los balandros
con todas sus alas desenrolladas
al viento que alzaba el presente
de todas las pasiones existentes.

Sin embargo, un día las mareas
cambiaron y los alejaron a unos
de otros, borrachos de contento,
para dar con distantes dársenas
y a otros con puertos de muerte
del llamado "más allá".
Así se fue acabando el vinazo en el envase,
y me vi encerrado en su interior,
—pues ese, es el sino del bebedor—
en el cristal de aquello impreciso,
botella ya imposible, aguardando
entre fútil dique de su existencia.

Y por eso encendí mi cigarrillo.
Me contuve hasta que —al fin, aún
entre tanta negrura— lo comprendí
habiendo pasado por todo signo
de pesada y radiante embriaguez.
Entonces alcé la mano con cinco
metacarpianos extendidos e hice
sonar una voz oceánica y eterna,
que hasta al mismísimo Dioniso
hizo temblar: “Mesero, mesero,
traéme otra botella que esta se
quedó más bien reseca. Mesero”.
Así, hoy me sabe la mortalidad
a algo menos, pero siempre me
gusta saborear su vino mientras
fumo y fumo, pasando las horas.

Juego. Calderón, Chih. 2026

NARRATIVA

Amigo. Alday, Chih. 2026.

Noches de septiembre

Pedro Álvarez

I

Susana se pregunta si en algún momento dejará de llover. Ella no puede salir porque se siente sola; leyó las cartas. El llanto no lo puede contener. Dicen que estará bien otra vez. No es cierto, nadie lo estará.

La tercera edad me refleja. Sumiso por las cuatro paredes que me miran, asustado por cómo se hacen pequeñas, por las cosas. Las fotos, las pinturas y las arañas. Me vuelvo viejo, pero no tanto como ella, mi abuela Susana.

Tiene las de perder, porque nadie la oye, nadie la siente, a excepción de mí, que el dolor me vuelve vulnerable. Los demás dirán mucho; no sucede nada. Yo dije que sí porque no puedo decir que no toda la vida. Y ella sabe, Susana sabe que murió la tía. Ella la cuidaba, la escuchaba, la hacía sentir viva.

Yo voy de rodillas para en la tumba dejar mis lamentos. Me toca el hombro y, de nuevo, estoy solo. Susana mira de espaldas, voltea la cabeza y, otra vez, no tengo nada. Ahora, en ese hogar me encuentro: las paredes se achican, los cuadros se arrancan, las caras vuelven y en los juegos de la confusión recaigo.

Tarántulas desamparadas tomadas del desierto caminan debajo del tendedero. Las trata con cuidado, sin pisarlas… Manos llenas de ronchas por las mordi-

das, cubiertas de líneas finas de sangre seca que, en algún momento, chorrearon entre los dedos. Leves marcas que provienen de tal acción que nos deja sin entender el por qué de tanto cariño.

En los últimos días de agosto, procuramos tomar rienda al viaje e ir al último ejido que se ve hasta allá en la orilla, donde extremo a extremo no se ve nada, y es que era tenebroso, y de alguna manera, frío antes de que llegara el otoño. Un cielo cubierto sin nubes, solo seco. El aire empuja el polvo y, con él, demasiadas razones. Entre ellas, todas contables, tienen nombre y las veo.

Llega el primero de septiembre. El único sonido que acompaña la casa es el rechinar de la madera vieja, mojada entre tanta lluvia de arena, seca de tantas lágrimas. Mi abuela es de llorar seguido. Ya estaba loca desde antes, pero eso no se dice. Me golpean la boca cada vez que lo recuerdo. “Que no, no digas eso”. Rechinando los dientes, pero debe decirse, pues toca caminar en la noche por ese oscuro nido sin fondo que cubre el ruido del hogar, de punta a punta con cuidado de no pisar una, porque conlleva una mordida que dolerá toda la vida. Si fuera común que las tarántulas fueran en manada, ¡estarían todos muertos! Pero no hay que dar importancia, que la locura no se resalta.

En las noches vuelve ese fuerte lloriqueo. Va como en intervalo: pega un grito, un sollozo, se hace daño a sí misma. No me levanto. Esos puntos rojos alrededor que observan, juran perdón. No hacia mí, sino a mi abuela, hasta dicen su nombre. Entre todas susurran; la están molestando.

— Me van a matar si no las cuido.

Pocas palabras que me pudo mencionar entre las noches lúgubres y las mañanas vacías, que eran sin coherencia, con desayuno insípido.

Ver a la abuela con un nudo en la garganta; ella llora. Un berrinche sostenido durante todo el día.

— ¿Cuidar de quiénes? —le contesté.
— De ellas, me miran donde esté. En la noche se comen algo más de mí.

Y sí vi sus manos, en los huesos. Ahí veía su interior y, a su vez, alcanzo a ver su corazón. Sus dedos en un blanco marfil sin tener una piel de dónde aferrarse.

En las fotos de la casa sólo podía ver una sonrisa que las telarañas cubrían. Ella siempre estuvo loca, eso me decían. La bruja que vive en la esquina, los niños crean sus mitos. Debido a tanto lloriqueo, decían mis padres: "Berrinche, ella jura extrañar algo". Entre tanta basura acumulada y esas fotos ya mal acomodadas, veo caras que, si bien son familiares, nunca los veo.

Mi abuela me dijo que solo mis padres y yo la visitamos. Tiene tantos hijos que, si se juntaran en un rincón, serían pequeños cabellos escondidos en las telarañas, entre el polvo que ella misma trae a casa. Sé que la vejez viene acompañada de la tierra. Se va a desvanecer algún día cuando le llegue su hora, que las personas se van con el aire y, cuando uno es viejo, se vuelve polvo.

—Yo vendré cuando se vuelva polvo, abuelita.

Con la poca fuerza que tienen sus mejillas para gestionar una mueca, me sonríe. Sus cachetes se hacen transparentes, como el papel. Juro ver cómo las tarántulas se pasean por su cuerpo cuando abre la boca. Se desenredó el nudo

de la garganta, y ahora están ahí. Les dije a mis padres que ahora yo soy el loco, ellos sí pueden decírmelo.

En los libros apilados junto con su propia montaña de hongos, estaba ese álbum de fotos, notas, imágenes, y recuerdos que alimentan su placer. Personas tan fugaces como es el resto de las cosas. Ella no tiene nada, pero creo que me tiene a mí. Las demás se pusieron celosas, así como lo estuvieron sus hijos…

— Quítelos, abuelita, quite las fotos del marco. Un vacío llena más que una mentira.
— Me deprimo al ver tanto, saber tan poco.

¿Dónde están esas personas? ¿Por qué les reza, Susana? No le rece ni a mis padres. Del interés nace el querer, saben que morirá de vieja, y por eso no quieren que le diga loca. Ellos son otra imagen.

Las hojas de otoño empezaron a caer: están en el suelo alimentando la madera. Las tarántulas no están, pero estoy mordido, manos hinchadas, la sangre baja… No hay gritos, pero ella no está feliz. Sobre su cama solo están sus huesos, telarañas que los conectan. Se acabó el verano.

Hambre

Constanza Janer

Siempre respondí que quería adentrarme en lo desconocido. "Busco redescubrir el asombro y tener un vistazo de todo lo que no sé". Me devolvían ceños fruncidos, parecía hasta que los ofendía. Mi mamá defendía su indiscutible posición, se debía a mi desuso de sus pendientes de ojo turco. Treinta años pasaron y seguimos sin entendernos. Empeora con el tiempo y me resulta más indiferente también.

Arribé a la blanca habitación, iluminada por un ojo de buey con vista a más blanco y ventanas a otros ojos. La mujer de cabello liso y brilloso por de más me dio las llaves. Esta vez con un nuevo colgante de pimiento rojo. Mi sobrina hubiera comentado algo sobre aquella mirada rasguñada. Había un apuro en sus movimientos desequilibrados, de quién sabe que la olla está rebalsándose pero ahora no puede controlarlo. Yo no oía el agua en ebullición. De hecho, no había sonido. Quizás sea por el cambio de horario, pensé. ¿O lo dije? Dudo porque inmediatamente la mujer de ojos rasguñados empezó a señalarse las orejas y a mover las cejas hasta partes de la frente que no sabía que llegaban. Que fortuna que haya cambiado de opinión acerca del botox. Pareció relajarse después de mi guiño y la palmadita en el brazo. Recordé lo fácil que es complacer.

No pasó mucho tiempo en que aparecieron los grillos, devolviendo las vibraciones perdidas entre la carencia de pensamientos. Su llegada venía en compañía del ruido proveniente de mis tripas hambrientas. Quince horas pa-

saron desde que mi mamá me forzó a comer esa banana verde. “Si no, no te doy el pasaporte”, me dijo. Que vieja hincha pelotas. Treinta años pasaron.

La mujer de ojos rasguñados me dejó un *tupper* con unas ocho cucharadas soperas de ese arroz pegoteado. Por fin está acostumbrándose a ponerle un poco de verdura, no es sano tanto carbohidrato solo.

Volví a esas cuatro paredes que habían visto tanta plasticola, apego, papeles y desapego, donde me recosté en la blanquecina ceguera. El típico sueño químico me complejizó visualizar las realidades distorsionadas que me planteaba mamá. No quiero perder más tiempo. Treinta años pasaron.

Los primeros moricanos

Francisco Araya

En Lóthar, la ciudad donde todo funcionaba, nadie admitía que algo pudiera fallar. Las luces se encendían a la misma hora. Los transportes llegaban con exactitud matemática. Los ciudadanos cumplían sus funciones sin cuestionar. Los nacidos por síntesis —así los llamaban oficialmente— ocupaban sus lugares como piezas intercambiables de una maquinaria que no toleraba márgenes de error. Y, sin embargo, los márgenes de error existen, aún en cálculos matemáticos. Pequeños. Casi invisibles. Errores que no eran suficientes para detener el sistema, pero sí para incomodarlo.

De ahí surgieron ellos. No de una idea, ni de un manifiesto, sino de una acumulación de fallos que nadie corrigió del todo. A los moricanos no se los encontraba, se los descubría más tarde que temprano. Eran técnicos que no cerraban un informe, operarios que desviaban una cápsula de gestación hacia un conducto secundario, y archivistas que copiaban archivos obsoletos antes de que el sistema los limpiara.

No llevaban símbolos, no usaban nombres fijos ni se reunían en numerosos grupos. Sabían que toda estructura demasiado ordenada termina pareciéndose a aquello que combate. Su credo —si podía llamarse así— era simple: la imperfección no era un error del sistema humano, sino la última prueba de existencia.

Narel Vossalov no había nacido defectuoso. Al menos, no según los paráme-

tros iniciales. Su desviación apareció tarde, como una grieta lenta en un edificio demasiado rígido. Soñaba con frecuencia. No imágenes útiles ni simulaciones pedagógicas, sino escenas sin propósito: manos que temblaban, voces que dudaban, decisiones que no llevaban a ninguna optimización.

Cuando lo detectaron, ya había hecho contacto. No sabía quién lo había iniciado. Nadie lo supo nunca. Sólo encontró una frase escrita con tinta real en el reverso de una pantalla de mantenimiento:

“No corrijas lo que te duele. Síguelo”.

Esa noche no volvió a su vivienda asignada.

Los centros de gestación eran el corazón visible de Lóthar. Edificios blancos, sellados, custodiados por protocolos automáticos. Allí se producían los nuevos ciudadanos, diseñados para reemplazar a los que se degradaban. Cada cuerpo era una solución, y cada mente, una continuidad. Para los moricanos, esos lugares no eran fábricas: eran templos del olvido. Sabotearlos no significaba destruirlos por completo. Eso habría sido inútil. El sistema sabría reconstruirlos, y eso lo hacía más sutil: alteraban secuencias mínimas, desviaban ciclos, introducían retrasos inapreciables.

Erin Kavlel había sido gestada para tareas de análisis predictivo. Su mente debía operar sin interferencias emocionales profundas, pero alguien —en algún punto de su propio proceso de creación— había dejado una variable abierta. Erin sentía miedo. Miedo consciente. Y con él, una pregunta que nunca logró silenciar: “¿por qué seguir viviendo si todo ya está decidido?”

Cuando contactó con los moricanos, no pidió respuestas: pidió una salida.

No todos los rescates eran físicos. A veces consistían en dejar que alguien desapareciera sin ser reciclado, en borrar su rastro de los registros antes de que el sistema lo reasignara, o en permitir que un nombre no volviera a usarse. Eso, para Lóthar, era una herejía a su forma de vida ejecutada de manera religiosa. El sistema no toleraba huecos. Los moricanos sí. Creían que un vacío era más honesto que una repetición.

El sistema comenzó a reaccionar con correcciones más agresivas: los tiempos de detección se acortaron, las evaluaciones se volvieron más frecuentes, las reasignaciones más definitivas, y la ciudad seguía funcionando. Pero algo se tensaba bajo la superficie, como una estructura llevada demasiado lejos.

Narel participó por primera vez en una incursión real, una noche sin luna, aunque el cielo proyectado mostraba su forma perfecta. Entraron por un conducto antiguo, previo a la última actualización urbana. Nadie los esperaba allí porque nadie recordaba que existieran. Dentro del centro de gestación, el silencio era absoluto. Las cápsulas flotaban alineadas, cada una con un cuerpo en desarrollo, suspendido en un líquido translúcido. Narel sintió algo parecido a vértigo.

—No son cosas, —susurró Erin— son posibilidades.

Alteraron tres ciclos…solo tres. Antes de irse, Narel apoyó la mano sobre una cápsula y, sin saber por qué, pidió perdón.

Los moricanos no buscaban tomar el control. Desconfiaban del poder tanto como del orden absoluto. Sabían que toda revolución que aspira a gobernar termina pareciéndose a lo que derroca. Ellos no querían un nuevo sistema: querían romper el ciclo, permitir que el error dejara de ser corregido de inme-

diato, que la muerte volviera a ser definitiva, y que vivir implicara riesgo.
La primera célula cayó al año de su aparición. Nadie fue juzgado públicamente. No hubo anuncios, simplemente dejaron de estar. Pero algo inesperado ocurrió: el sistema no logró estabilizar las variables. Las desviaciones continuaron como si el error hubiera aprendido a replicarse solo.

Erin fue capturada durante una transferencia de datos; Narel no pudo ayudarla. Lo entendió de inmediato: los moricanos no prometían salvación individual, sino que prometían continuidad del fallo. Antes de desaparecer, Erin logró enviar un último mensaje, fragmentado, casi ilegible:

“No nos borres. Déjanos incompletos”…

Hoy Lóthar sigue en pie. Los centros de gestación funcionan, los informes hablan de estabilidad, pero en algunos ciudadanos aparece algo nuevo: una duda que no se resuelve, una tristeza sin causa asignada, un deseo que no conduce a ningún objetivo productivo. Pequeños errores…persistentes. Los moricanos no se adjudican el mérito. Saben que no son un movimiento: son una grieta. Y mientras exista una sola grieta, el ciclo no estará cerrado del todo, porque la humanidad no se mide por su eficiencia…

…sino más bien, por su capacidad de fallar… y seguir siendo, simplemente, humanos.

Tiempos modernos

María Abarca

Primer Premio IV Concurso Internacional CERBA de microrrelatos, Jerez, España, bajo el tema de Vendimia y Ratonero Bodeguero Andaluz. Fue leído por primera vez en los Claustros de Santo Domingo (Jerez de la Frontera), en el marco de las fiestas de la Vendimia del Exmo Ayuntamiento de Jerez.

Cuando comencé con este trabajo, debo asumirlo, la hostilidad tácita con los felinos alcanzó su peor momento. Algunos de mis parientes, con orgullo, eran policías o lazarillos. Así que, cuando le comenté a mi familia sobre la primera entrevista de trabajo, no se mostraron muy convencidos. Estábamos almorzando, recuerdo.

—¿En dónde vas a trabajar, hijo? —preguntó, desconfiado, mi padre.
—En una bodega—aclaré.
—Pero ¿qué harás allí? —insistió.

La desilusión se advertía a través de sus ojos negros y yo sentí que, con la siguiente respuesta, terminaría por decepcionarlo.

—¡Seré un cazador de ratones! —confesé, sintiendo los latidos de mi corazón acelerarse.

Mi padre, de fuertes valores tradicionales, no me respondió y, aunque quiso romper en un llanto absurdo, fue consolado por mi madre.

—Mi hijo, un cazador de ratones. ¡Un gato! —sollozó.

Los tiempos habían cambiado. Ahora, éramos los ratoneros bodegueros andaluces, quienes hacíamos el trabajo de los gatos.

De la extraña confusión de don Quijote en las costas andaluzas

Primer Premio IX Certamen Internacional Alborán de Microrrelatos, otorgado por "Los amigos de la barca de Jábega" y "Cuadernos del Rebalaje". Leído por primera vez como parte de los festejos del Solsticio de Verano, al lado de la Torre de las Palomas, frente al Mar Alborán, en Málaga, España.

Vencido andaba don Quijote cuando, de lejos, vio cómo el crepúsculo se cernía sobre un mar nunca antes visto.

—No te digo, Sancho, que, de tanto andar, hemos llegado a la misma eternidad. Es evidente que esto es el cielo y que nosotros estamos muertos. No soy buen entendedor del más allá pero ¿no te he dicho yo que a los buenos caballeros se los honra con la paz? De más está decir que otra cosa honrada es el amor, pero este me lo ha dado Dulcinea.
—Disculpe, señor, —respondió—pero no creo que estemos muertos ni que Dulcinea le haya dado amor en ningún momento.
—¡Habla con respeto, Sancho, cuanto te refieras a mi señora! —dijo don Quijote y apeándose de Rocinante se acercó a la orilla del Alborán, donde sus dedos tocaron el agua.

—Nunca pensé que la muerte fuera tan fría—reflexionó—. Pero, ¡mira quién nos recibe, Sancho! Debe ser el licenciado que nos dará la potestad para ir con Dios.

Luego, se dirigió a una embarcación con los ojos pintados en la proa. La saludó cortésmente y preguntó dónde registrarse, pero no obtuvo respuesta.

Ayuno intermitente

Primer Premio Certamen Internacional de Microrrelatos de Radio TV Lavapiés (Barrio Lavapiés, Madrid) en su XXXVIII edición.

Estaba haciendo dieta desde hace tres semanas y esa noche se había acostado con hambre. La misma falta de nutrientes la llevó a soñar incoherencias en su más alta expresión. Soñó que era madre de mellizos, que al fin había podido cumplir su sueño de dar a luz pero, cuando los recibió, vio que no eran seres humanos: ¡eran dos torrijas! Una al horno y otra frita.

La locura del hambre no se detuvo ahí, sino que siguió: se preparó un café y se dispuso a comerse ¡a sus propios hijos! Y así fue, se comió ambas torrijas y no solo eso, le gustó más la que estaba frita.

Cuando despertó, aún tenía el sabor crujiente de su propia maternidad.

Amor invertebrado

Primer Premio Concurso Internacional de cuentos de amor y ¿desamor? Organizado por Establo de Letras (Santiago de Chile).

Santateresa, una mantis antropomórfica de tres meses, cuyos antepasados se habían sometido a la hormonización a partir de los ecdiesteroides de la mantis springbok, había descubierto una reproducción asexual que la hacía perfecta, pero que no la satisfacía: ella quería enamorarse, quería encontrar un macho que la cortejara y luego, como lo imponía su instinto, comérselo.

Una noche, en la enredadera de un jazmín de lluvia cubierta por rocío, lo vio. No supo su nombre, seguramente Mamboretá, como todos. Estaba cazando una langosta y allí fue Santateresa. Primero, como en una cena romántica, comió de la presa, no sin antes inmovilizar a su reciente pareja que, obediente y sumisa, aceptó la condena.

Sin embargo, y luego del breve apareamiento, quiso pelear en vano, aunque ella era más fuerte y más grande.

Lo degolló y comenzó a masticarlo desde la cabeza cuando aún seguía vivo. Pensó que así era el amor.

Estructura. Alday, Chih. 2026.

El pan de cada día

Fernando Gepé

Me llené la boca diciendo que iba a ser un astronauta famoso. Según yo, que reinvento mi personalidad con cada novela que veo, iba a dejar la Ciudad de México en un cohete y me iba a instalar en una colonia marciana para el tiempo en que escribo esto. Estaba convencido de que mi paupérrimo desempeño escolar sería una anécdota redituable en el *best-seller* que sería la autobiografía de la estrella más brillante en el firmamento de mi colonia. De hecho, cuando presenté mi examen extraordinario de física en cuarto de preparatoria, le dije al profesor que se burlaba de mí —con la prepotencia de un protagonista de Andy Weir—, que lo callaría a golpes con mi medalla del Nobel. Según él, si yo seguía por ese camino, no llegaría ni a la esquina.

Y como ya lo dijo Alejandro Zambra, la gente que estudia literatura termina trabajando en cualquier cosa. Yo, por ejemplo, que al final le regalé a mi gremio una tesis que explora las nociones de valentía y coraje en las aventuras de perro callejero de Holden Caulfield y Henry Fleming en sus respectivos contextos, trabajo en el soporte técnico de una compañía de publicidad. Soy tan malo en lo que hago, y mi jefa de tan sacrificado talante, me ha conferido la responsabilidad de editar el *newsletter* de la oficina con tal de que no me vuelva a acercar a ningún servidor y así no vaya a morder algún cable. Esta comisión, junto con la pasantía no remunerada y vitalicia en un periódico local de la ciudad en la que vivo, comprenden mi quehacer literario. Mi jefa, por cierto, estudió letras en la ya extinta Yugoslavia.

Trabajo en mi casa todos los días. Los viernes, que son casuales, lo hago desde mi cama. Soy un soldado en la guerrilla del trabajo remoto. Desde la ventana espío a los vecinos que no me han cerrado las cortinas todavía. Salgo a la calle en contadas ocasiones y nunca me habían durado tanto unos zapatos. Pero no soy un huraño, a veces tengo que ir a sacarle fotos a un escultor de velas o a una tamborilera con delirios de grandeza para el último artículo de la sección de cultura de nuestro diario, o quedo de verme con alguien que ya conocía (no hago amigos nuevos desde que me dedico al *click*), y dos veces por semana tengo que hacer el mandado.

Ayer vi a una señora asomar por la ventana de un tercer piso la mitad del cuerpo, luego se paró en el filo exterior para limpiar los cristales por fuera. Nevaba, sudaba. Es lo más audaz que he visto hacer a alguien en lo que llevo de contrato en mi empresa. Mientras que, a mis pusilánimes veinticuatro años, puedo darme el lujo de arruinarme la espalda valiéndome de mis propios medios, aquella temeraria que podría ser mi abuela se gana el pan arriesgando el físico.

Pienso en la luna y las estrellas y en la gente que veo desde la ventana. La otra vez, en el patio, vi desde la cocina a una pareja atractiva para la narrativa: él tenía menos pelo que un gato y ella iba arreglada como para una boda aunque fueran las nueve de la mañana de un lunes. Estaban fumando marihuana de una botella de plástico que dejaron tirada en el suelo. Estaban enamorados. Apostaría a que siguen enamorados. Pensé que podrían estelarizar una novela que me gustaría leer. Se titularía *María y Jan*, o *Amar y Jana*, o *La ansiedad de que ya solo faltan cinco horas y veinte veinte minutos para las cuatro veinte*, o, por qué no, *La calle es de quien la ensucia*. Me imagino que comparten la renta en preciosa intimidad. No estaré seguro jamás. Ya drogados, salieron del patio para adentrarse en las calles del casco

viejo.

Llevo meses siendo un personaje pasivo del mundo y no me causa conflicto ser un observador, he asumido mi papel de narrador domiciliario. Los transeúntes rara vez miran para arriba; no saben que estoy aquí. Hay un chiste rancio, y de mal gusto hasta en esferas medianamente cosmopolitas, sobre un argentino que está parado en el piso más alto de un rascacielos curioseando cómo es la ciudad sin él. Así me siento, un poco rancio, curioso, soberbio y, de momento, satisfecho. Pero no estoy en la cima del mundo, sólo estoy preso en una torre a la que me subí por gusto y sin quién me rescate.

Nadie quiere leer la *newsletter* de nuestro departamento. Si de por sí, el personal no abre los correos del corporativo, menos va a andar dando *click* en el resumen de la última visita a la planta de una gringa que cobra sin que nadie sepa cuánto ni por qué y que es una pesada que, durante nuestra visita bimestral a la oficina, nos saca a junta para preguntarnos cuál es nuestro platillo favorito sin intenciones de invitarnos a comer ni darnos vales de despensa. Hace un par de semanas pedí autorización para crear una nueva sección de chismes, pero como no se alinea con los valores de la compañía, no me dieron permiso y tuve que hacer bolita mi idea y tirarla a la papelera de reciclaje en el escritorio de mi computadora. Aquel sueño nació, creció y murió sin reproducirse en, *plus ou moins*, cinco *clicks*. Cuando el amarillismo es censurado, el arte se esconde debajo de la mesa. Solo alguien tan ociosa como la ejecutiva aquella leería a voluntad nuestro ortopédico, por protocolario, boletín.

Mis notas en el periódico las leían mis allegadas más cercanas cuando eran novedad. Ahora me da terror contar nuestras vistas. Me sobrarían los dedos. Es un medio digital publicado en inglés en el sur de Moravia, no hace falta

quebrarse la cabeza para saber por qué reúne más lectores una señal de tránsito. Aun así, dar *click* en "enviar a todos" y concretar una cita por correo electrónico con el flamante artista multidisciplinario de turno me hace babear serotonina.

No me gustaría esconderme con mi pareja en el patio de un condominio para drogarnos antes de la hora de la comida, y tampoco me gusta salir a correr ni envidio la rutina de un antropólogo que hace trabajo de campo ni la de un físico práctico. Yo lo que quiero es sentarme a escribir necedades. Soy cobarde y un morboso. Por eso estudié literatura, a mucha honra.

Claro que no toda la gente que se matricula en una facultad de artes está ahí por las mismas razones, habrá quien se gradúe por un férreo compromiso para con las humanidades y su "inalienable" vínculo con el mundo real. Sin embargo, y sea cual sea la motivación o vanidad para dedicarse a lo sublime, para pertenecer al club —antes de dejarse caer en el lecho de la narrativa— no hay rodeos. Hay que superar el pánico a no encontrar un trabajo que nos permita sentarnos a leer sin morir de hambre en el intento. Que ya es decir algo porque leer no quema calorías. Me imagino que, por su parte, los científicos que se enfrentan valientemente a las matemáticas en nuestro país, comen fotones.

Disfruto enormemente de mi conexión al wifi, pero no tengo datos celulares porque no los necesito y no me alcanza. Pertenezco al extracto de la población que teme por su vida y que no carga con una navaja cuando se adentra en un barrio peligroso por miedo a que un potencial agresor me catee buscando monedas y se ofenda por mi audacia de andar con un arma antes de usarla en mi contra. Allá afuera dirían, vernacularmente, que "me falta calle". Las avenidas de más de tres carriles y la mayoría de los perros me inspiran

sustos, y ni se diga de la incomodidad que me causan las parejas que se dan la mano y los heterosexuales que copulan en los parques como si fueran abejas picando flores. Entiendo que los callejones y las plazas, la banqueta y el camellón, son solo la senda en el camino del héroe, no su destino. El meollo, al igual que Troya, se conserva mejor a puertas cerradas. Esto último se me ocurrió sentado en la sala de mi casa.

No me gusta la calle. Cuando era niño mis papás me dijeron que me pusiera a estudiar para no terminar ahí. Ahora que me he recibido y tengo un trabajo, pero sobre todo ahora que tengo un techo que mantener con mi propia cabeza, pienso en Holden Caulfield y Henry Fleming. Eran unos vagos.

¿Les fue mejor que a mí? No. ¿Hicieron lo que querían? Más o menos. ¿Son ejemplo de valentía? Debatible. ¿Alguien los recuerda? Toda mi clase de Literatura Americana. Sé que la academia sueca no me va a laurear por andar de mirón desde mi privilegio. Esto no es un ensayo ni es queja, es una disculpa para mi profesor de física por haberle hablado tan golpeado. Tenías razón, Gerardo, nunca iré al espacio. No llegaré muy lejos. Pero, afortunadamente, ya cayó la quincena y aquí a la vuelta venden pan.

Cotidianidad. Alday, Chih. 2026.

Visita extemporánea

Amalia García

Hace un par de meses que me mude cerca de tu departamento, ese al que llegaba atravesando toda la ciudad, ese que muchas veces nos cuidó a ambas, y que nos vio reír, llorar y atravesar una carrera incansable. Hace meses que me mudé y entre tantas cosas no pude pensar en la proximidad, pero hoy me perdí andando en bicicleta. Empecé a caminar por instinto y cuando reconocí el sitio me invadió una extraña familiaridad.

Atravesaba por el lado opuesto al que siempre suelo llegar, y entendí, tu calle, mi calle. De golpe me invadieron los recuerdos y ganas de saber de ti.

Pensé en cinco años compartiendo campus y tiempo, en tu intercambio al otro lado del mundo, y cómo en ese año a distancia nos unimos tanto. Pensé en la vida que nos prometimos cuando existieran menos kilómetros. Esa que no existe ahora que compartimos acera.

De pie frente a tu entrada, me reconoció el portero y me preguntó si pasaba al 403. Negué y agradecí, consciente de una amistad que ya no puede reclamar.

Yo sé que te dije que me apresuraría a mudarme a tu lado de la ciudad. Me tardé un par de años, pero tú también dijiste que te quedarías.

Noventa y nueve. Calderón, Chih. 2026.

Un rosal en el ayer

Juan Papasidero

Rosas. Ella cortando rosas. Pétalos. Caen pétalos marchitos. Esquivar las espinas, cuidar los dedos. Tijeras. Poner la vista en las tijeras, apartarlas de los dedos de ella. Vigilar sin intención, seleccionar las correctas, descartar las que no. Desde el patio, vemos morir la tarde, cortando rosas, eligiendo flores.

Ella murmura. Parece dedicarle algunas a alguien, como quien trae ausentes al presente de la escena. En la casa, a varios metros, se oyen melodías domésticas. Acá, donde nosotros, florece un pequeño silencio, cortado a instantes, por murmullos de rosas que van en homenaje. Solos, en el mundo verde, azul y rojo del jardín, vamos poco a poco despoblando las cabezas coloridas del rosal. Las espinas parecieran respetar la torpeza de sus manos, de sus dedos llenos de líneas como las nervaduras de una hoja. No la agreden.

Ella sigue cortando. Arranca flor y murmura. Rosa y murmullo, rosa y murmullo. Mis ojos siguen ahí, pero el silencio me oculta; no soy relevante. La escena está en el temblor de sus manos, en lo garabatos que hacen sus labios cada vez que rosa y murmullo, rosa y murmullo. La sucesión va tomando ritmo, ella se presta al servicio de una cuerpografía. Lo cíclico de la secuencia le confiere un aura de distancia. Duplicada la lejanía, ella se vuelve instrumento, mera intérprete. Pone su cuerpo, labios y manos a disposición. Las acciones emergen de un rincón aparte. Parece una autómata operando desde el desinterés. Rosa y murmullo, rosa y murmullo. Corta flores como si

a cada tijeretazo invocara una presencia, y a cada murmullo le correspondiera un rostro.

Lentísima pero andante, la tarde va incendiándose. El cielo se regala como un rosal en llamas. Abajo, en lo firme, se acumulan hojas, sucesivos restos del descarte. Hojas, pétalos y espinas acolchonan el suelo. Hace tiempo que los pájaros nos esquivan. Todo va muriendo un poco con la dulzura última del otoño, menos las tijeras. Ella sigue cortando. Corta y reza. Rosa y murmullo, rosa y murmullo. A nuestros pies, lo vegetal se funde en un nuevo tapiz. Arriba, a la altura de lo visible, el pequeño nosotros perdido en la lejana punta del jardín se va desdibujando al compás de los arribos, de las llegadas, primero efímeras, luego indefinidas, y ahora ya más claras y nítidas, de los que van respondiendo a la señal, al llamado ritual. Absorta en sus tijeretazos, rosa y murmullo, ella sigue cortando, reza y convoca presencias como si la llegada de los invitados le fuera indiferente. La tarde rojinegra exhala un sigiloso aire de hospitalidad, invade los pulmones con el abrazo del reencuentro. Deshecha ya la soledad de las tijeras, entre las rosas y el murmullo brillan, en leve calma, los ojos de los convocados al banquete, los rostros del pasado aquí, sonrientes, acudiendo al aviso, al llamado de la que vive más allá del oleaje.

Yo, recién venido a este mundo, me siento parte de los vivos. Los otros, recién partidos, de la muerte llegan en visita. Ella, levitante de los lugares y las horas, pervive en un limbo lo suficientemente ligero como para pendular y contactarse con unos y otros. La abuela, cortando rosas en el jardín, es una médium que dialoga con vivos y muertos desde su doble extranjería. En el suelo, quedan las hojas, los pétalos y las espinas, señal de que allí estuvimos, de que unos llegan y otros parten. Señal de que algunos están sin estar, se van sin partir.

La plaza

Jhuliana Calderón

Polillas y moscas salen a pasear. Cerremos la ventana.

Álbum

Deberíamos conocernos algún día. Aún conservo tu infancia, tus fotos…

Informe

La profesora redacta su informe: salida exitosa, niños felices, mucho aprendizaje y una colación de $200. (Lo último mejor no).

¿Será?

Operaciones, disforias y enigmas validan las mentiras que protegen su verdad.

Cortesía

Bueno, ya te compré el café que querías. Ahora sí, desvístete.

1.618 Bajo la corteza

Armín Arceo

El gigante azul parece tranquilo.

Desde la cámara frontal del Dédalo Ætheris, HD 189733 b gira como un ojo furioso cubierto de nubes de silicato. La luz de su estrella atraviesa partículas microscópicas de vidrio suspendido y el planeta resplandece como una herida luminosa que nunca cicatriza. No tiene superficie. No tiene continentes. Solo una atmósfera de hidrógeno y helio donde el viento alcanza velocidades supersónicas y la lluvia no cae: corta horizontalmente a siete mil kilómetros por hora. Allí, la materia no descansa: esculpe, desgarra y pulsa con violencia constante.

La colonia científica flota en órbita, sostenida por anclajes magnéticos que extraen compuestos ionizados del infierno atmosférico. Desde lejos parece estable, una constelación artificial incrustada contra el azul turbulento. Desde aquí vibra como algo que está a punto de romperse. No hay suelo que tocar, y aún así me arrodillo.

Apoyo mis cuatro manos sobre el revestimiento de oricalco viviente del casco. El metal responde como si estuviera vivo —porque lo está—, transmite microoscilaciones que atraviesan mis placas de cuarzo esmeralda y se hunden por mis vetas de diamante flexible hasta el núcleo de mis huesos. Yo no escucho con oídos: escucho con estructura. Cada vibración es una una sílaba, y cada fluctuación, una intención. Las vibraciones son magnetohidrodinámicas: líneas de flujo cargadas que interactúan con el cam-

po estelar, reconexiones magnéticas que deberían ser turbulentas, erráticas, bellamente caóticas. El caos es natural. El caos tiene textura. Tiene rugosidad estadística. Pero lo que siento es una línea recta atravesando el modelo, una coherencia que no pertenece a la entropía.

El Ogma en mi muñeca pulsa y abre mandalas fractales en mi visión. Helios entra en mi sistema nervioso con precisión quirúrgica, modulando, filtrando, traduciéndome el universo.

—Anomalía coherente detectada en magnetosfera inferior.

La palabra coherente me sabe a polvo naranja.

La estación pierde 0.3 grados de inclinación orbital. Las torres de captación vibran fuera de fase. El HUD calcula con frialdad matemática: si la desviación alcanza 0.6 grados, el flujo de silicato ionizado superará la tolerancia estructural en veintiocho segundos. Veintiocho. Mi cuerpo traduce el fenómeno como grieta, aunque no haya roca, y cuando la línea es demasiado perfecta, siempre recuerdo.

Alpha Centauri no tenía mares que consolaran. Tenía polvo que se pegaba a la lengua y hacía crujir los dientes. El cielo era naranja oxidado y la luz entraba a los túneles como una amenaza filtrada. Yo era joven, demasiado alto, con cuatro brazos que aún no habían aprendido economía de movimiento. Mi clan hablaba con la tierra antes de perforarla. La llamábamos madre, no recurso. Cada extracción era precedida por silencio reverente. Cada detonación tenía límite. Luego llegaron concesiones industriales. Llegaron máquinas más profundas, más rápidas, más hambrientas. Llegó la prisa.

Yo ya escuchaba lo que otros no querían oír. Mi biología mineral-orgánica convierte vibración en impulso eléctrico. La presión se vuelve corriente en mis huesos. Las fallas no son sorpresa, sino conversación anticipada. Bajo mis manos, la tierra siempre decía la verdad.

El día del derrumbe en Cantón-9 apoyé mis manos en el suelo y el mundo no cantaba. Estaba siendo forzado a callar.

Bajo la corteza había un patrón demasiado limpio, una modulación perfecta superpuesta al latido natural. Recuerdo el instante exacto en que comprendí que no era tectónica: los intervalos de presión repetían proporción áurea bajo carga sostenida. Ningún proceso geológico produce esa simetría estable cuando está a punto de fracturarse. La naturaleza es irregular incluso en su furia.

—No es fallo —dije.

Nadie detuvo la extracción.

El soporte central cedió con una elegancia obscena. No fue explosión, sino sustracción de coherencia estructural, como si alguien hubiese reducido la resistencia molecular del material desde dentro, reescribiendo sus constantes físicas. El techo descendió sin estruendo previo, sólo con una inevitabilidad matemática. El polvo supo a vidrio molido. Corrí hacia la galería lateral y el túnel se convirtió en garganta. El aire era grava. Mi pecho crujía como una veta mal cortada. La oscuridad no era ausencia de luz: era compresión. El espacio se hizo insuficiente.

Y entonces sentí hambre.

No metáfora sino campo. Una firma que no pertenecía al planeta. Una superposición matemática incrustada en la corteza. Intenté redistribuir presión, tensé microfracturas, forcé cristalización parcial en mis placas dérmicas para sostener peso. Mis huesos vibraron como si intentaran cantar más fuerte que la interferencia. Tres segundos, solo tres. Luego el silencio perfecto, el tipo de silencio que no existe en geología natural.

Mi clan dejó de latir. Desde entonces, cada coherencia perfecta es una herida abierta.

La estación orbital vibra bajo mis manos y no es roca, pero mi cuerpo no distingue entre plasma y piedra cuando la coherencia es artificial. La desviación alcanza 0.4 grados. Quedan dieciocho segundos. Los ingenieros en la colonia reportan pérdida de estabilidad en los anclajes secundarios. Escucho sus voces filtradas por el canal táctico. Su miedo tiene un timbre específico, irregular, humano. Activo el módulo de ingeniería de campo de mi Heliofly. Los geo-nanobots salen en enjambre desde mi antebrazo inferior derecho y despliegan una malla cristalina electromagnética alrededor de los anclajes orbitales. No puedo sellar piedra inexistente, pero puedo introducir ruido en el flujo, romper la perfección. La firma está ahí, proyectada en mi HUD con crueldad matemática: intervalos repetidos cada 1.618 unidades de flujo. Simetría sostenida bajo carga. Patrón Kaótar.

Catorce segundos. La amplificación de señal aumenta mi sismorresonancia hasta niveles peligrosos. Siento microfracturas propagándose en mis placas como susurros agudos. El dolor no es punzante, es vibración descontrolada que intenta desarmar mi coherencia interna. La claustrofobia llega sin túnel, mi visión se estrecha, el casco parece más pequeño, y el espacio se comprime alrededor de mi tórax.

—Frecuencia cardíaca fuera de rango óptimo —informa Helios—. Sobrecarga creciente. Recomendación: reducción de acoplamiento.

No puedo reducir. Diez segundos. Respiro. No intento dominar el mapa. Lo dejo atravesarme. Siento el flujo como un río eléctrico rozando mi esqueleto e identifico el nodo central de coherencia artificial. No es fuerza lo que necesita ruptura: es imperfección. No destruyo la línea, sino que la contamino. Genero una perturbación asimétrica mínima, una interferencia estadística que introduce ruido en la proporción perfecta. La malla electromagnética vibra con la modulación que le imprimo. El plasma responde y la coherencia pierde pureza.

Siete segundos. La magnetosfera comienza a fragmentarse en turbulencia natural. La línea recta se ondula y la proporción se rompe. Cinco segundos… La inclinación orbital comienza a corregirse. Tres segundos. Las torres dejan de vibrar fuera de fase y las lecturas de tensión estructural descienden bajo umbral crítico. Uno… La desviación se estabiliza en 0.1 grados.
El gigante azul sigue rugiendo, pero ya no está siendo cortado. Permanezco arrodillado porque mi cuerpo aún vibra fuera de tolerancia. El HUD marca microfisuras en mis placas, 3% de integridad comprometida en extremidades superiores, 0.8% en estructura torácica. Nada crítico. Pero real. Cada misión deja marca.

Mi respiración todavía es grava. El eco de Cantón-9 intenta arrastrarme hacia el túnel inexistente. No hay polvo naranja ni hay techo cayendo, pero el silencio perfecto se ha fracturado. Ahora lo reconozco por su matemática, y sé cómo romperla. Me levanto despacio. El oricalco vibra bajo mis manos como un corazón en calma recuperada. El enjambre de nanobots regresa en espiral, cargado de datos atmosféricos y patrones energéticos. Helios recali-

bra mis sensores y activa protocolos de sellado dérmico en mis placas dañadas. Siento la leve fusión cristalina cerrando microfisuras.

—Intervención exitosa. Firma Kaótar confirmada —dice Helios.

Confirmada. Eso significa que no fue accidente en Alpha Centauri. Fue ensayo. Activo el canal interno.

—La firma es coherencia forzada bajo proporción áurea. Confirmo intervención Kaótar. Estación estable.

Hay silencio al otro lado. Esta vez no es perfecto, sino humano. Escucho respiraciones aliviadas. Un ingeniero solloza sin saber que el canal sigue abierto. Apoyo mis cuatro manos una vez más sobre el casco, no para sostener un techo inexistente sino para asegurarme de que sigue ahí, que el espacio sigue teniendo volumen suficiente para mis pulmones.

Los mundos hablan con grietas, y yo traduzco sus latidos. No es juramento ni poesía: es deuda estructural. Mientras pueda escuchar la interferencia y contaminar su perfección, el silencio absoluto no volverá a tragarse un mundo sin resistencia. Y si alguna vez la sobrecarga me paraliza, si la claustrofobia intenta convertirme otra vez en niño bajo un túnel que colapsa, recordaré esto: la coherencia perfecta es mentira.

El caos es vida…

…y yo estoy aquí para devolverle el caos a los mundos que intentan cortar.

VISUAL

Ulises. Alday, Chih. 2026.

“Tempus fugit”

Geórgicas, Virgilio.

Chronos

Daniel Calderón

Por su origen griego, *Chronos,* deidad a quien se atribuía el paso del tiempo y el cambio de ciclos, es que encontramos de forma milenaria el elemento natural del tiempo. Atados a su lento pasar, los minutos caminan mientras que los segundos corren. Las horas en su lento devenir, depositan los granos de arena que el inclemente tiempo impone en cada uno de nosotros, recipientes limitados.

Desde la era primordial ha existido noción de su paso y sujetos al lento curso del gran orbe en que habitamos, hemos domesticado este fenómeno constante e imparable. El tiempo es, pues, algo que llevamos en el bolsillo, otras veces en la muñeca y que por más que quisiéramos contarlo, se escurre irremediablemente de nuestras manos.

Intangible, lo vemos en nuestra imagen: surcos, cicatrices y arrugas. Lo vemos en el color de nuestro cabello, las líneas de nuestras manos. El tiempo corre y debemos recordar que todo acaba. Mientras llega el último grano que termine por llenar este recipiente físico, vasija corpórea, envoltorio mundano, solo nos queda bajar la mirada y contar cuánto tiempo ha pasado.

Chronos I. Daniel Calderón. Chihuahua, Chih.

Chronos II. Daniel Calderón. Chihuahua, Chih.

Chronos III. Daniel Calderón. Chihuahua, Chih.

Fotografía
Nikon d5300 / AF-S DX NIKKOR
35mm f/1.8G

Clown

Ariana Rudoni
(“Mistrophia”)

¿A dónde van los payasos cuando el circo cierra?

¿Van a la calle a performear? ¿Van a tomar algo?

¿Qué es de su eterno show?

Clown I. Mistrophia. Parque Patricios, 2025.

Clown II. Mistrophia. Parque Patricios, 2025.

Clown III. Mistrophia. Parque Patricios, 2025.

Fotografías de un viaje

Valente Beckdorf

El rey. Valente Beckdorf, 2026.

Fábula. Valente Beckdorf, 2026.

Débil, gótico, recuerdo. Valente Beckdorf, 2026.

Realidad fantástica

Marco González

"Al dibujar, comprendo mi entorno al mismo tiempo que lo redefino":

El dibujo es el medio a través del cual registro mis vivencias y proceso mi relación con el contexto. No dibujo únicamente lo que está frente a mí, sino aquello que descubro en el encuentro: historias, memorias, impresiones e imaginarios. En este sentido, el dibujo funciona como un registro autobiográfico que crea una realidad paralela, una reinterpretación subjetiva de aquello que colectivamente llamamos realidad. Al dibujar, comprendo mi entorno al mismo tiempo que lo redefino.

Mi proyecto se materializa en narrativas de realidad fantástica, imágenes que se construyen a partir del dibujo etnográfico, mediante el cual recopilo personajes de mi contexto que despiertan mi interés: figuras marcadas por la experiencia del tiempo, la dureza del trabajo, sus particularidades corporales o sus formas singulares de habitar el mundo.

A este primer ejercicio de dibujo etnográfico se suma un dibujo imaginativo que, mediante recursos gráficos, amplifica y narra las historias de estos personajes. El dibujo se convierte así en un espacio de diálogo entre lo observado y lo imaginado, un soporte no lineal que permite múltiples lecturas y activa al espectador como partícipe de la construcción narrativa.

La muerte como testigo
Marco González
37 x 27 cm (sin marco)/ 49 x 39 cm (con marco)
Técnica mixta
2026

Nace de un encuentro directo con la muerte, no como imagen abstracta o amenaza lejana, sino como presencia íntima y cuidadora. Durante un acontecimiento en el que mi cuerpo se estaba desangrando, la muerte dejó de ser una figura final para convertirse en un umbral consciente: un espacio donde la vida se recoge, se concentra y se vuelve significativa. En ese momento límite, entendí que la muerte no solo arrebata, sino que también observa, acompaña y da peso a cada instante vivido.

La escena representada no es un enfrentamiento, sino un diálogo. El esqueleto —símbolo de lo inevitable— y la figura humana se encuentran en un paisaje turbulento que alude al tránsito emocional y físico del final. La muerte aparece como una fuerza que recoge la experiencia vital, como si al final del camino nada se perdiera del todo. Cada gesto, cada recuerdo, cada latido adquiere densidad justo cuando está a punto de desaparecer.

Mi experiencia personal al borde de la pérdida transformó radicalmente mi relación con la vida. Desde entonces, vivir dejó de ser una inercia y pasó a ser una decisión consciente. Esta obra propone pensar la muerte no como negación, sino como el acto último que otorga sentido: aquello que, al cerrar, ilumina todo lo vivido.

La muerte como testigo

Viaje sagrado
Marco González
32 x 24 cm (sin marco) / 44 x 36 cm (con marco)
Técnica mixta sobre papel Hahnemuhle
2025

Parte de un ejercicio de dibujo etnográfico, en el cual recorro mi contexto en busca de elementos activos en la cultura capaces de transmitir información importante. Es en estos recorridos donde tuve contacto con un señor de edad avanzada que llevaba un equipaje extraño: un cristo mutilado en un carrito de mercado.

Este encuentro detonó la idea de los dispositivos de carga y traslado como metáfora del equipaje emocional, anhelos, traumas y sueños que llevamos con nosotros en nuestro día a día. El anciano parte hacia el horizonte en busca de completar el cristo, es decir, se muestra como un creador en busca de terminar su creación, una especie de Frankenstein en la empresa de seleccionar la materia prima perfecta para culminar al ser humano. Esta metáfora se presenta como la cultura buscando crear individuos capaces de llevar el mundo en sus hombros.

Viaje sagrado

Susurro de muerte
Marco González.
28 x 47 cm (sin marco) / 42.5 x 61.5 cm (con marco)
Tinta china
2025

Reflexiona sobre mi experiencia personal frente a la cercanía de la muerte y cómo transformó mi escala de valores y comprensión de la existencia. A partir de un intento de asesinato a los 15 años, la conciencia de la mortalidad se vuelve central y da origen a la obra, que invita a buscar un sentido más allá de lo material. La imagen describe a un hombre anciano que avanza con dificultad empujando una carretilla cargada de objetos simbólicos, mientras un esqueleto rojo le susurra al oído y guía su destino. Estos elementos representan los recuerdos, miedos, deseos y logros a los que las personas se aferran para dar sentido a la vida.

El recorrido del personaje conecta lo terrenal con lo infinito, simbolizado por un entorno onírico y un sendero que deja huella en el universo. La flor del equinoccio, asociada a la muerte y la transición, refuerza la idea del paso entre la vida y el más allá. Los objetos cargados aluden al inconsciente del individuo, integrando arquetipos, símbolos culturales mexicanos y nociones del tiempo, la sabiduría y la fecundidad. En conjunto, la obra plantea que es el "susurro de la muerte" lo que impulsa al ser humano a continuar, aceptar lo transitorio y elegir vivir.

Susurro de muerte

Ambivalencia introspectiva
Marco González
40.2 x 27.7 cm (sin marco) / 53.5 x 41.5 cm (con marco)
Estilógrafos Sakura sobre papel Rosaspina
2024

Es una reflexión acerca de la capacidad del ser humano para conciliar sus opuestos, un adentramiento en cómo lidiamos con elementos opuestos de nuestra psique y nuestra existencia. Verdad y falsedad —representado con las máscaras, juventud y senectud—, evidente en los personajes (bondad y maldad) y sugerido con los animales, son algunas de las dicotomías que articulan la imagen. Asimismo, son ambivalencias que dialogan en un espacio onírico, que oscila entre lo fructífero de la naturaleza y lo estructurado de lo social, lo cual se observa en la vegetación y la arquitectura que enmarcan la imagen.

Ambivalencia introspectiva

PIELROJA
NO FIO

Cógela suave

Francisco Díaz

La expresión "cógela suave" es un reflejo muy auténtico del estilo de vida en el Caribe colombiano. Es una frase que encapsula la actitud relajada y despreocupada. Se vive con un enfoque en vivir el presente, sin dejarse llevar por las preocupaciones, la prisa o el estrés que pueden dominar en otros contextos.

Este estilo de vida, más que una simple frase, implica una mentalidad en la que las relaciones humanas, la convivencia, y el gozo de los pequeños momentos de la vida cotidiana son más importantes que la acumulación de bienes materiales o la inmediatez.

"Cógela suave" nos invita a mirar la vida de forma positiva, a no dejarnos arrinconar por las dificultades, sino a enfrentarlas con la mejor actitud posible. Está presente en la forma en que se manejan las responsabilidades diarias, desde el trabajo hasta el ocio, y también en el sentido de comunidad, en el que la familia y los amigos tienen un papel central.

El clima cálido, la música alegre como la champeta, la cumbia, el bullerengue, las festividades, y la vida en las calles también contribuyen a que este estilo de vida fluya con una cadencia más pausada, donde el bienestar personal y social se prioriza sobre las presiones externas.

La obra consta de dos fotografías digitales en blanco y negro, impresas en formato de 30 cm de alto por 40 cm de ancho cada una. Ambas imágenes fueron capturadas en pueblos del Caribe colombiano, capturando la cotidianidad y la esencia de estos lugares. A través de un enfoque documental y artístico, las fotografías revelan detalles, paisajes y la vida diaria de sus habitantes.

El uso del blanco y negro elimina las distracciones del color, permitiendo que las texturas, las sombras y la luz natural cobren protagonismo. Las imágenes están impresas en papel fotográfico mate de alta calidad, lo que garantiza una reproducción precisa de los contrastes y tonalidades intermedias. Cada fotografía busca transmitir una sensación de serenidad y conexión con los espacios retratados, invitando al espectador a una inmersión en la atmósfera cálida y tranquila del Caribe.

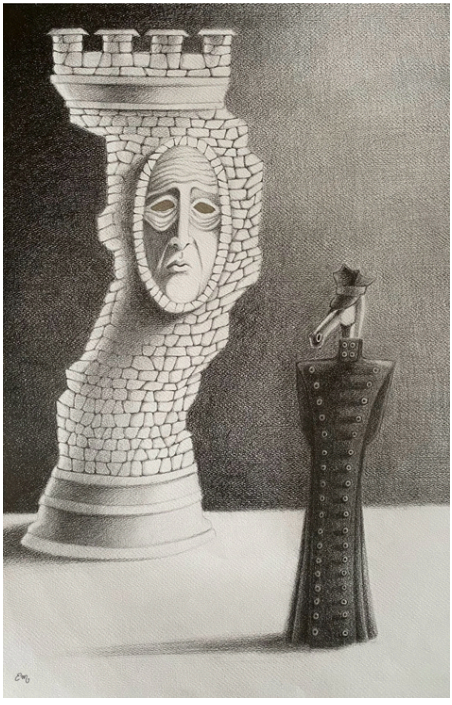
Las fotos están concebidas para ser presentadas de manera conjunta, una al lado de la otra, jugando con el equilibrio visual y la complementariedad temática entre ambas. La obra propone un diálogo silencioso entre los paisajes y las personas, una evocación de lo cotidiano transformado en arte.

Cógela suave
Francisco Díaz
100 cm x 70 cm (50 cm x 35 cm)
2024

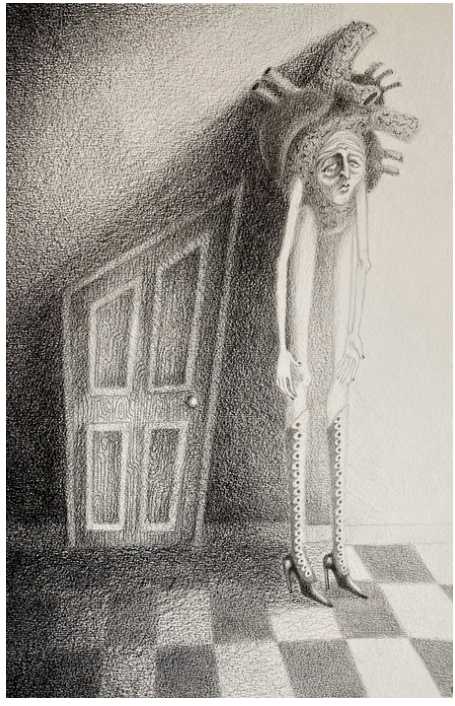
Cógela suave
Francisco Díaz
100 cm x 70 cm (50 cm x 35 cm)
2024

Grafito sobre papel

Emilia Castillo

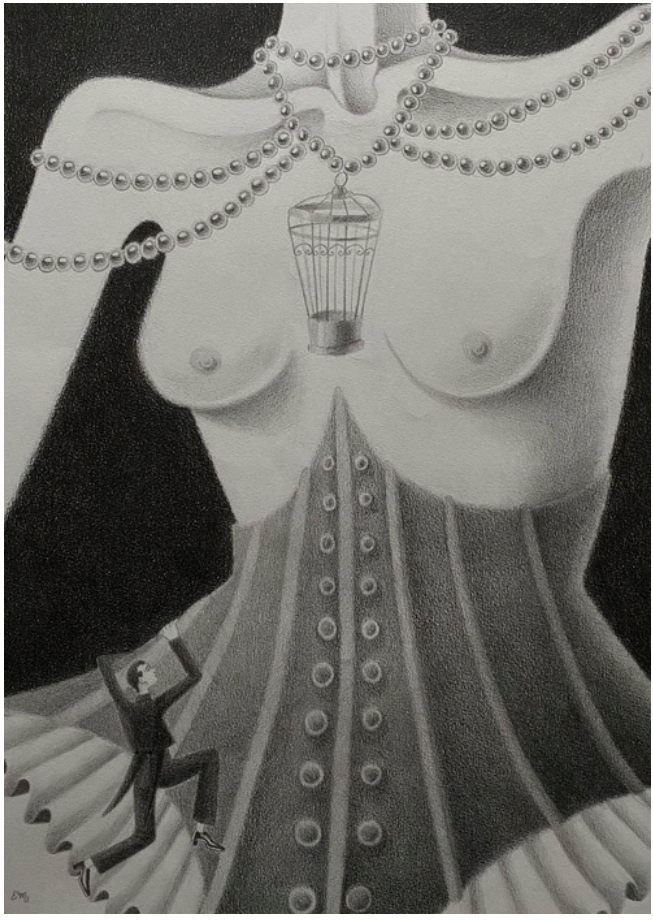


Extraños conocidos
50 x 70 cm
Grafito sobre papel
Emilia Castillo
2025



Artemio es tan grande que no cabe por las puertas
50 x 65 cm
Grafito sobre papel
Emilia Castillo
2025

Inseparables
29 x 29 cm
Grafito y lápices de color sobre papel
Emilia Castillo
2025



La Venus de las pieles
50 x 65 cm
Grafito sobre papel
Emilia Castillo
2025

Mal encuadre

Juan García

Es un proyecto visual de fotografía documental que parte desde la imperfección como punto de vista y también como una forma de resistencia ante narrativas contemporáneas que aluden a estéticas extremadamente pulidas y minimalistas.

Ni comunes ni reciclables. Juan García, Quito, Ecuador. 2023.

Una escena cotidiana que expone una grave herida social. El maniquí de una mujer, con el vientre roto y abandonado sin lugar, refleja la violencia que atraviesa a las mujeres ecuatorianas. En 2025, Ecuador registró 349 feminicidios; 14 de las víctimas estaban embarazadas.

La monja. Juan García, Quito, Ecuador. 2025.

El terror se apoderó de las calles quiteñas, la monja anda suelta y con ganas de comerse a los transeúntes, aunque ellos no le dan ninguna importancia por que en Halloween el comercio de lo terrorífico en el centro histórico es parte de lo cotidiano.

El mercado de las brujas. Juan García, La Paz, Bolivia. 2025.

Amuletos, ofrendas, tótems y un sinfín de objetos destinados a atraer la buena fortuna llenan las perchas de la Calle de las Brujas, en La Paz. Lejos de ser una trampa para turistas o un simple negocio, en estos puestos se alberga una gran sabiduría ancestral y muchos rituales de adivinación Aymara que sobreviven hasta nuestros días.

Fauna interior

Florencia Olivera

Descanso. Miss frem. 2023.

Potencial. Miss frem. 2023.

Tejidos del cosmos

TiTTo

Chakaruna y Filimauta. TiTTo.

Cosmobióptico, Entropía 21. TiTTo.

Filimana: la hora del Chakaruna, TiTTo.

Altur Mundu, TiTTo.

Nikon

Inundaciones

Belén Amitrano

Las fotografías presentadas constituyen un recorte visual de los registros obtenidos durante las inundaciones en La Matanza, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Más que documentos, estas imágenes buscan transmitir la tensión entre el dolor de la pérdida y la persistencia de la vida en medio de la adversidad. La inundación arrasa no solo con lo material, sino también con aquello que sostiene la identidad de una comunidad: recuerdos, historias, objetos que enlazan lo íntimo con lo colectivo.

Sin embargo, en este escenario de devastación, la cámara también encuentra gestos de resistencia. La sonrisa, el juego y, en especial, la mirada de un niño, emergen como contrapunto al despojo. Esa ingenuidad puede pensarse como último refugio o como motor que impulsa a repensar el camino.

El proyecto propone así una doble lectura: la naturaleza implacable y el individuo frágil, pero también la esperanza que insiste en abrirse paso. Las imágenes invitan a recorrer esa frontera donde conviven dolor y vitalidad, destrucción y ternura.

"...sino también con aquello que sostiene la identidad de una comunidad".

La propuesta surge a partir de un trabajo fotográfico desarrollado en el marco de mis labores como socorrista y fotoperiodista, donde la práctica artística se entrelaza con la documentación de emergencias sociales.

Las imágenes fueron obtenidas durante las inundaciones en La Matanza, Buenos

Aires, y buscan dar testimonio de un hecho doloroso que excede lo material para instalarse en lo identitario, en aquello que conforma la memoria íntima y colectiva de una comunidad.

El registro fue realizado con cámara digital, herramienta que me permite trabajar con inmediatez y movilidad, sin perder la precisión técnica necesaria para un testimonio riguroso.

Mi doble condición de socorrista y fotoperiodista atraviesa la propuesta. El estar presente en el terreno de la emergencia me permite observar de cerca la vulnerabilidad y la resiliencia, ser testigo directo del sufrimiento y de la fuerza de las comunidades afectadas. Esa experiencia se traduce en imágenes que, más allá de la urgencia periodística, buscan instalar preguntas, conmover y abrir un espacio de reflexión en el espectador. Desde lo artístico, las fotografías exploran atributos visuales del dolor y la pérdida, proponiendo una mirada sensible y crítica que desborda el mero registro documental. Así, el proyecto se plantea como un dispositivo de memoria y de interpelación social, donde conviven la crudeza del desastre y la potencia de la esperanza.

En síntesis, la cámara digital se convierte en extensión de mi práctica humanitaria y artística. A través de ella, el dolor se vuelve imagen y el testimonio se transforma en obra, abriendo la posibilidad de resignificar lo vivido y de construir, con cada disparo, un puente entre el acontecimiento y la conciencia del espectador.

Inundaciones I. Belén Amitrano.

Inundaciones II. Belén Amitrano.

Estructura. Alday, Chih. 2026.

COLUMNAS

Del silencio del desierto al murmullo del pueblo

Eloy Marquez

Juan Rulfo es el escritor del desierto, de lo desierto. Con sus palabras desérticas, precisas, justas, tan cercanas al silencio como como embebidas de contundencia terrenal, él se enuncia, y con ello, con su enunciación, retrata una atmósfera, pues no es tanto lo que dice, sino desde dónde lo hace...

La vida en el desierto, lo que en tales territorios se produce, sus emanaciones, resaltan por escasez cuantitativa (por la notoriamente mínima cantidad de organismos visibles), tanto como por su poder, pues aquella "poca" vida, posee la potencia excepcional de los cuerpos que requieren para permanecer, por mor de la permanencia, de toda su fuerza elemental. En las inclemencias desérticas, las vidas de allí deben forzosamente administrarse, de modo tal que de lo poco obtengan plenitudes. Desde este punto podemos detectar, infiriendo, el grado de abundancia vital, el superávit vivo, que habita en los llanos. A tal punto es así que el desierto invierte el orden económico, al obtener más con menos, ya que transforma lo que es un poder minorizado en un poderosísimo y pletórico sistema de voluntad de poder. Esto es, pues, un cuerpo, un organismo cuya modalidad estructural contempla la fuerza, la expansión, la superación de lo condicionante..., etc. Puesto que cada acción aproxima un paso al borde y al agotamiento. Y, por lo tanto, dichas vidas cultivan una inteligencia diligente, atenta, apta para detectar panaceas y resguardos.

Extrapolando territorios, este dinamismo ocurre en la palabra *rulfiana*: emisiones modestas, duras, sobrias, ricamente humildes y carente de grandi-

locuencias. Formulaciones acordes, pero no aquella exactitud resultante de un cálculo intelectual. Aquí las palabras consuenan. Rulfo se ha servido de los penosamente llamados *barbarismos* para crear una semántica simple y honda. *Impecabilidad*, así denominó Castañeda al mejor uso de la energía según cada caso. Rulfo es un escritor, pues, de palabra impecable.

En los relatos del mexicano suceden los fantasmas. Quiero decir, sus personajes si no son fantasmas en sí, confluyen en lo fantasmático, y lo fantasmal rompe, o a lo sumo pone en cuestión, el binarismo presencia-ausencia, amén de la dicotomía vida-muerte. Cuestiona, en último término, el binarismo en cuánto forma de interpretar la realidad y dar cuenta de ella. Veremos que el fantasma no cabe por entero en lo presencial, debido a que, por condición, se sustrae a las formas de marcos, cuyo propósito es clausurar. Igualmente, no se fuga por completo de ellas, debido a que es mediante las formas que adviene. Lo propio de suyo (del fantasma) es la aparición perceptible, o sea, formal. Lo fantasmal compone un contorno difuso y una silueta que no se delimita figura.

Rulfo, el desértico, el fantasmático, señala constantemente, y señalando invoca a los espectros..., a esos restos de vida ilocalizables, no asignables a un espacio, e inapropiables representativamente. El espectro, dirá Derrida (*Espectros de Marx*, 1993), es una presencia ausente, una ausencia presencial, un entre la vida y la muerte que desquicia los fijismos. El fantasma, por fuera de la linealidad narrativa que estipula los puntos de partida y de llegada de un fenómeno, opera en el desfasaje. Atraviesa la presencia pero no se sitúa en ella, ya que suspende la presencia, el presentismo, y la forma. Sin embargo, lo hace sin abolir, pues, como hemos dicho, nunca podrá abandonar la figura: un fantasma sin forma, sin bordes, ya no es fantasma, es ausencia. Desfasa: de llegada incompleta, furtiva, se retira

sin irse. Inconcluso..., aproximado. Es un exceso de transparencia, inubicable. Indeterminación de contenido leve, es un casi. Inaprensible, el fantasma acecha, espía, merodea. Véase *Hamlet*, léase Rulfo. La *palabra-Rulfo* es la fisura en el muro, a través de la cual ingresarán miríadas de fantasmas en tropel.

Espectralizado se despliega el tiempo *rulfiano*, el tiempo de lo inmemorial. Los trazos secuenciales, del tipo pasado-presente-futuro, no engloban la temporalidad de Rulfo, insinuante de más de lo que las sucesiones disponen.

La temporalidad en su literatura es un devenir, una mónada, una unidad vibrante. Es un transcurrir unísono de tiempos, cual río heraclíteo. Todo se halla intervenido, en Rulfo, por espectros del pasado, que trascienden al mismo al presentarse —en tanto que aparición— en el presente. El pasado remite al presente, siendo que aquí se narra lo habido allí, pero simultáneamente, queda el presente coligado a lo pretérito: un tiempo sin escisiones, sin hiatos, un tiempo en fusión. Temporalidad y topología se entrelazan, y los territorios de la escritura de Rulfo parecerían ser tiempos, edades, épocas. ¿Qué es Comala o Lubina, sino territorios temporales? No son reales, pero tampoco son completamente fantásticos, ni están en un sitio ni abstraídos de lo sitial. Continuando con Derrida —con su espectro—, podríamos decir que configuran zonas de indiscernibilidad, de indecisión, de intensificación. Son zonas —estéticamente hablando— de un misterio flotante.

Pues bien, Rulfo ha relatado esos extraños hábitats, prodigiosamente. Aunque también, su otra pasión ha servido de herramienta registradora, de técnica creadora. Durante sus andanzas por México, en los años 50, Rulfo ha encuadrado lo incapturable de su país, tierra adentro. Si bien en sus fotogra-

fías desfilan paisajes variados, algo las atraviesa, una constancia, mancomunándolas. Son visiones fotográficas o, más bien, es una visión por la que corren estruendos quedos, palpitaciones de lo oculto, poder simple y raíz eclosionada. Lo de Rulfo es un tipo de percepción, una mirada diferencial, o un punto de encaje, según Castañeda. Sus fotos, testimonios visuales, indican la dirección hacia donde ha migrado este punto y su ángulo de significancia: migró a lo originario, al fondo residente de lo real, al misterio. A través de ellas es trascendido el umbral de registro usual, aún cuando lo fotografiado no brille por excéntrico, y es que lo descubierto por Rulfo pasa por debajo de la percepción y de su armado. Lo extraño allí es lo inexplotado de la imagen, la libertad frente a los signos, y lo simple a la razón, de lo cual la imagen consigue un autosustento.

Son fotos descargadas de florituras, de efectos y, sin embargo, poseedoras de consistencia, de gravedad, de peso. Revelan sin mostrar enteramente, pues algo cubre con un manto de silencio. Analógicamente, guarda una semejanza con la palabra *oracular*, en lo que no dice aún no callando. Imágenes transportadoras y, de nuevo, no a un lugar, sino a un tiempo. Conducen a ello, a un cuándo de desnudez y de contemplación venerante: un tiempo mítico.

El *instante-ya* de la *visión-Rulfo* no se inscribe en la instantaneidad moderna que desecha cuanto toca o que acumula desechos. Su mirar pretende recobrar la eternidad rebosante de las cosas —la trascendencia— penosamente perdida en la era de la cantidad. Eternidad habitante en la naturaleza, en las gentes, en las costumbres, en los elementos.

Rulfo describe superficies, texturas que no cesan de ahondarse en pliegues y en relieves poco perceptibles. Son planos destiladores de una energía —flujo

estético— prístina que conmina a desbrozar al sujeto, al fundamento con el cual medimos lo abierto. En sus visiones, aunque detectamos una tendencia, no parecería quedar manifestada una semiótica dominante, es decir, una máquina de significancia que dirija los sentidos hacia efectos corroboradores de postulaciones previas. Reverbera, en cambio, en la *visión-Rulfo*, lo abierto. Es aquello que se conserva suelto, desligado de los parámetros y los encasillamientos, de la ilusa seguridad que las ficciones útiles proveen. Lo abierto, aquello que —valga el pleonasmo— solamente abre.

El sujeto vacila, cae incapacitado para esgrimir sentidos autorreferenciales, autorreflexivos sobre los que aposentarse, en los que prolongarse y con los que mantener erguida o estólida, su potestad como enunciador de códigos con los que convertir en mensurable una realidad siempre abierta, siempre exacta. Es una visión descodificada, en palabras de Deleuze: "la descodificación no significa el estado de flujo cuyo código estaría incluido (descifrado, asimilable, traducible). Por el contrario, refiere a un estado de flujo que ya no está incluido en su propio código, que se escapa a su propio código". Rulfo libera la luz sin modular su color.

Incluso sobre el sujeto-histórico y el sujeto-nacional, el desvanecimiento actúa. La huella mexicana es visible y reconocible, pero no por ello resulta obturada la proliferación de sentidos ni las conexiones entre ellos, cuyos son transgresores de los límites de la identidad. Es la tierra antes que la nación, la vida previa a la historia. Más que la antigüedad, considero que es lo natal y su misterio —es decir, lo propio y lo innato descodificado (Deleuze)— lo que ocupa a Rulfo. Una vez más, es lo inmemorial y lo originario, anterior a todo punto cero con el qué establecer recorridos proyectivos.

Es lo inicial más que el principio. El comienzo como evento, no de una trama

inserta en alguna urdimbre previamente organizada, controlada o significada, sino de un brote a partir del cual la existencia se abra. Las cronologías desaparecen en provecho de un tiempo transhistórico y transcendental, porque lo que reúne —la carga magnetizadora de la *visión-Rulfo*— es el tiempo cósmico, extemporáneo e intempestivo del ser. Es fantasmal, aquende y allende. Acontecimental, amado y perseguido por una visión, y loado por una palabra —la de Rulfo— que obró con fidelidad de santo, de loco, de poeta.

La religiosidad como mecanismo de control en *Las indignas* de Agustina Bazterrica

Aaron Campi

En la literatura latinoamericana contemporánea cada vez es más frecuente la presencia de obras cuyo eje central es demostrar las consecuencias de la implementación de políticas que afecten de manera directa, o indirectamente, al medio ambiente. Estas narrativas son las que se presentan para "repensar y deconstruir los discursos de la modernidad, del capitalismo y del patriarcado que normativizaron las formas de la percepción y de las relaciones en las sociedades actuales hasta arrastrarlas al colapso" (Pérez Gras, 2023, p. 298).

En ese sentido, la escritora argentina Agustina Bazterrica publicó la novela *Las indignas* (2023), donde expone una sociedad distópica devastada por una crisis ecológica que sirve como base para la cimentación de un nuevo orden social violento y opresivo. En medio de ese mundo hostil se edifica el refugio La casa de la Hermandad Sagrada, una especie de templo femenino en el que se desarrollan dinámicas de control y sumisión a través de un representante divino, conocido como "Él", y su ayudante, la Hermana Superior. En general, la novela describe las terribles consecuencias de un sistema construido a través de dogmas religiosos, donde las mujeres son las únicas sometidas y violentadas de forma extrema por parte de los miembros de esa distopía sectaria.

El artículo "La ciudad en la ciencia ficción (la literatura como ilustración y contraste de la teoría)" de Nayibe Peña Frade (2002), propone tres categorías para las distopías: sociedades polares, sociedades dominadas por la ciencia y sociedades religiosas (p. 90-91). Esta última la propone Bazterrica, ya que el

el control político se centra en la figura de un líder religioso que tiene como principal objetivo la salvación de las personas por medio de la extrema violencia, el control de los cuerpos y la vigilancia constante. De esa manera las integrantes se someten a un control continúo que suprime cualquier tipo de resistencia.

De modo que la religiosidad puede ser comprendida como la búsqueda personal de lo sagrado, con la finalidad de conseguir un propósito en la vida que se relaciona con la idea de algo más trascendental (Saldías Ortega & Moyano Díaz, 2023, p. 2). Por eso, Bazterrica presenta la idea de la religiosidad a través del miedo a lo desconocido:

> Las Santas Menores cantaron el Himno Primario —el original—, uno de los más importantes, el himno con el que confirman el roce de la divinidad. No entendemos lo que dicen, es un lenguaje que solo conocen las elegidas. Él nos explicó una vez más que el himno habla de cómo nuestro Dios, a través de Las Iluminadas, nos protege de la contaminación, proclama que "sin fe, no hay amparo" (pág. 12).

De esa manera, el control religioso se formula a través del miedo porque nadie entiende lo que significan esos cánticos, pero les brinda protección de un peligro también desconocido que se encuentra fuera de los muros de la hermandad. A su vez, la violencia extrema se presenta más adelante cuando la protagonista revela al lector que las Santas menores fueron obligadas quedarse ciegas para que sus voces tengan mayor impacto espiritual: "(por eso les cosen los ojos, para que no se distraigan con lo mundano, para que puedan captar las reverberaciones que emite nuestro Dios)" (p. 12). Así el lector entiende que las mujeres que forman parte de ese culto religioso se encuentran sometidas a un adoctrinamiento inflexible, y que el control no

solo se ejerce sobre sus mentes sino también sobre sus cuerpos.

Por lo tanto, el mundo expuesto por Bazterrica se fundamenta principalmente en la dominación y el sometimiento total gracias a la propagación del sufrimiento entre todas las mujeres que integran dicha sociedad distópica. Las habitantes de la Hermandad Sagrada se encargan de mantener y difundir la violencia a través de dinámicas de poder que implica el enfrentamiento constante entre ellas para que, de esa forma, entiendan que el orden se puede alcanzar únicamente a través del sufrimiento.

> Tengo la espalda marcada con latigazos que me dio Lourdes, porque la Hermana Superior estaba ocupada con otras indignas. Sé que Lourdes disfrutó de cada momento. Intentó ocultarlo, pero le vi el brillo en los ojos. También le pegó a Mariel con un látigo que le dio la Hermana Superior. Y mientras le pegaba le decía que ese no era su castigo, que el castigo iba a llegar pronto. (Bazterrica, 2023, p. 23-24)

Por lo que, el hecho de posicionarse en una situación de enfrentamiento constante, dificulta cualquier tipo de comunicación e imposibilita el surgimiento de alguna rebelión. Así, el régimen sectario se fundamenta en la división perpetua de las habitantes de la hermandad, haciendo que la jerarquía social siga en dirección de los intereses perversos de los líderes religiosos.

En conclusión, la casa de la Hermandad Sagrada debe observarse como una estructura sectaria cuya finalidad es reproducir la desconexión social, ya que el enfrentamiento constante facilita la jerarquía religiosa opresiva que se aprovecha de los cuerpos femeninos, por eso los vínculos sociales deben ser diluidos a través del sistema religioso patriarcal que rige en la sociedad pre-

sentada por Bazterrica.

Bazterrica, A. (2023). *Las indignas*. Barcelona : Penguin Random House Grupo Editorial.
Peña Frade, N. (2002). “La ciudad en la ciencia ficción (la literatura como ilustración y contraste de la teoría)”. *Revista de estudios sociales, 1*(11), 85-91. https://doi.org/https://doi.org/10.7440/res11.2002.10
Pérez Gras, M. L. (2023). Crisis Ecológica, Sanitaria y Vincular: Un Nuevo Núcleo de Sentido En Las Distopías Escritas Por Mujeres. *Chasqui: revista de literatura latinoamericana, 52*(1), 287-302. https://www.jstor.org/stable/27223776
Saldías Ortega, F., & Moyano Díaz, E. (2023). Influencia de la Espiritualidad y Religiosidad sobre la Felicidad en Adultos Mayores. *Psykhe, 32*(2), 1-18. https://doi.org/https://doi.org/10.7764/psykhe.2021.29435

Raíces. Alday, Chih. 2026.

Las tizas partidas, pero la esperanza intacta: la escuela resiste porque sueña

Karina Piriz

Tizas partidas es el segundo libro de la escritora matancera Karina Piriz quien, con una mirada ácida, vuelve a enfrentarnos a relatos que abordan la cruda realidad de la educación. Los personajes transitan experiencias jocosas, íntimas y de denuncia. Tras desempeñarse durante más de treinta años en el sistema educativo de la provincia de Buenos Aires, la autora construye estos relatos ficcionalizados, con la autoridad y conocimiento que le confiere su experiencia personal. El estilo literario de la autora dialoga con la crónica, la ficción histórica, el ensayo y la escritura del Yo, porque dichos géneros le permiten explorar una narrativa honesta. Literatura que avanza sobre el terreno social, realidad ficcionada, crónicas que denuncian las carencias donde el docente sostiene el deseo de aprender y donde muchas veces debe hacer uso de la gran convicción que posee en su labor para poder afrontar el trabajo diario.

Una madre planifica sus clases mientras “hace que mira la tele con los chicos”; su esposo prepara sándwiches de fiambre porque toda la familia recorta cartelitos para el Día del Niño; los padres de la escuela del barrio exigen a la escuela lo que ellos no pueden enseñar en sus hogares; la escuela de los suburbios oficia de centro de atenciòn primaria de la violencia de género y gabinete de atenciòn psicológica; padres que no comprenden que los maestros de la escuela pública no son sus empleados; enseñar a leer y escribir con cursiva, sin cursiva o sin anteojos; los trabajadores de la educación y auxiliares que encuentran en ese espacio la contención; familias que se forman, barrios que se construyen, parejas e hijos que crecen al amparo del

sistema; la docencia en contextos democráticos y de represión; la escuela en contextos de pobreza y su asistencialismo; y siempre, detrás de todo, el amor a una profesión.

Así es como los cuentos nos sumergen en la pasión de ser docente y las exigencias de cumplir con el rol de madre y esposa, la familia y su vínculo con la escuela pública, los valores éticos, la cotidianeidad escolar y su ecosistema, la historia de los barrios y sus héroes, las contradicciones del sistema educativo y la didáctica, las tragedias diarias, las condiciones laborales, los cambios burocráticos y la esperanza en que —bajo cualquier circunstancia— la escuela pública es la que podrá salvar a nuestro pueblo de la desidia de sus dirigentes.

El guiso del trapo

Es adorable cómo en las escuelas se intenta tapar todos los agujeros. Por ejemplo, no hay agua, se cortó la luz y la bomba no subió el agua al tanque general, se deben pedir bidones al consejo escolar y dictar clases normalmente. Con dichos bidones las autoridades suponen que se puede higienizar los baños, beber y enjuagar la vajilla que se usa ese día. Es lógico que la supuesta medida paliativa nunca resuelva nada. La provisión de los bidones no es inmediata, ni siquiera al día siguiente. Todas las soluciones fluyen realmente cuando se toma la determinación de suspender las clases, salvo que sea una comunidad muy "picante", en la cual dicha interrupción genere un problema más grave a nivel jurisdiccional. Si, por lo pronto, es una escuelita olvidada a la que a ningún político le interesa sacar rédito de nada, no hace mecha un día más o menos de clases. El agua en bidones en general nunca llega. Solamente hay que esperar que el tanque se llene al día siguiente y todo fluye. De la misma forma, si se rompe un caño y no hay agua en los

baños, no hay problema. Se siguen dando clases y hay que tomar la precaución de llevarse un balde con agua para tirar, tras haber evacuado las necesidades. Por supuesto que si esto ocurre en el baño de los niños, apenas se ensucie, será la auxiliar quien deberá asistir a la higiene del mismo. Tremenda será la bronca si aquel agente de la educación argentina está solo en el servicio porque —como es habitual— faltaron todos sus compañeros. ¡Ahí no esperes nada! El ausentismo de cualquier personal de la escuela debe ser cubierto por el compañero. Por ejemplo, faltan todos los auxiliares menos uno. Ese debe suplir las actividades de todos. De la misma manera, si falta el 30% de los maestros diariamente, los niños deben tomar clases estando a cargo de la directora, el bibliotecario u otros maestros. Bien es sabido que esto difícilmente se cumple a rajatabla, porque cada vez es más difícil suplir con una persona lo que harían tres. Se siguen tapando los agujeros de la falta de presupuesto, la flexibilidad de las normas, la precariedad de las condiciones de trabajo, la superpoblación de las aulas, etc. En las actividades de la cocina funciona igual. Nunca sobran las manos para cocinar. Es bastante estresante tener que cocinar para 700 almas hambrientas, que quede rico y no se pase. La gente de cocina corre muchísimo para cumplir con tan noble función.

La verdad que yo nunca menosprecié el trabajo de mis compañeros auxiliares porque de ellos dependen las circunstancias básicas de vivir el trabajo en un contexto más agradable: aulas limpias, el olorcito a queroseno al ingresar a la escuela, el mate cocido dulce y caliente de las mañanas, y la comida sabrosa del mediodía. Esto último siempre lo voy a destacar. La comida de la escuela tiene ese gustito tan especial que la hace única. Debe ser el único lugar en el cual los maestros degustamos guisos de todo tenor. En invierno es infaltable el guiso de lentejas, ¡hasta trae chorizo colorado! Las papitas cortadas en cubos pequeños, se mezclan con la zanahoria y las lentejas remojadas desde

el día anterior. Por lo general, se pica todo el día previo, y llegado el viernes, se monta todo en la olla de 20 litros que empieza a hervir aproximadamente a las diez, momento del segundo recreo e instante en el cual la panza empieza a hacer ruido y los jugos gástricos van pidiendo que ese ricor ingrese cuanto antes. El olorcito de la cebolla rehogada y luego hirviendo en la salsa de tomate inunda la escuela y todos sabemos cuál será el menú del día. Nada mejor para una mañana gris, en medio del frío intenso de julio.

Tal fue el caso que, un día, habiendo llegado al final de la fuente profunda de acero —casi raspando lo último que quedaba para poder salvar mi almuerzo — vino en la magra cucharada un pedazo de repasador que cumplía las funciones de tapón al agujero que tenía la fuente.

Evero. Alday, Chih. 2026.

Autores y autoras

Michelle Lozano (Cuauhtémoc, Chihuahua, 2003) es estudiante de noveno semestre de la Licenciatura en Letras Españolas en la Universidad Autónoma de Chihuahua. Fue seleccionada en el X Encuentro Nacional de Escritores Jóvenes en la categoría de poesía y publicada en la antología Albor de un romance de la editorial Converso. Participó en el Noveno Foro de Estudiantes de Lingüística y Antropología de la Escuela Nacional de Antropología e Historia del Norte de México. Actualmente escribe poesía libre.

Oscar Díaz es poeta y escritor Mapuche, nacido en 1989. Reside en Valdivia y en la localidad lafkenche de Chaihuín, Chile. Es profesor de Literatura, Filosofía, Magíster en Educación y Mentor del CPEIP. Ha publicado *Luna y Danza de las Raíces* (2023) y "Lo que transcurre en la memoria de la pálida palabra" (2025) de la antología *Historias de Nuestra Tierra.* Asimismo, la novela de *sci-fi* Mapuche *Kalfü Kimün: La leyenda del sabio azul* (2023), y el poemario *Conjuros: El pulso del agua* (2024), ganador del Fondo del Libro y la Lectura 2024 y Medalla de Oro en los Premios ILBA 2025 como Mejor Libro de Poesía.

Valeria Guerrero (México, Chihuahua, 2004) escritora, poeta y estudiante de la Licenciatura en Letras Españolas en la Universidad Autónoma de Chihuahua. Ha participado como jurado en la categoría composición poética, actividad organizada por el Plantel 10 del colegio Bachilleres "XX Jornada Académica, Cultural y Deportiva". También ha participado en la impartición de talleres de lectura y de creación creativa a cargo del Dr. José Antonio García Pérez y el colegio de Chihuahua en el año 2024.

Luna Curto nació en el sur de Uruguay a fines del siglo XX y continúa naciendo en la segunda década del siglo XXI. Es hacedora de poemas. Ha realizado instalaciones gráficas y sonoras junto a Karina Bentancor, seleccionadas por instituciones nacionales e internacionales para su exposición. Montevideo leyó sus versos: *l'épine* recorrió las pantallas de la ciudad con la Alianza Francesa, y su poema *sin título* fue difundido por la acción académica de *A las cinco de la tarde*. Expuso *Pasible* en el Centro Cultural de España y en la Embajada de España en Uruguay. Participó en publicaciones colectivas con Editorial Secreta (2024) y Estuario Editora (2024).
Su poesía está encandilada por los filos cotidianos.

Armando A. Marroquín, es fundamentalmente un poeta que se graduó como ingeniero industrial para después terminar odiando la industria. Nació en las postrimerías de México, allá en la costa chiapaneca, el 13 de noviembre de 1995. Cabe destacar que esta es la primera ocasión que participa en una convocatoria para publicar uno de sus escritos, cada vez se siente más listo para enseñarle al mundo de las letras de qué está hecho, alcanzando una madurez y templanza como escritor.

Mariana Finochietto nació en General Belgrano, provincia de Buenos Aires, Argentina. en 1971. Actualmente vive en City Bell. Publicó *Cuadernos de la breve ceguera* (La Magdalena, 2014); *Jardines*, en coautoría con Raúl Feroglio (El Mensú, 2015); *La hija del pescador* (La Magdalena, 2016); *Piedras de colores* (Proyecto Hybris, 2018); *El orden del agua* (GPU Ediciones, 2019); *Madura* (Sudestada, 2021); *Quiero sacar la cabeza por la ventanilla de tu coche* (Halley Ediciones, 2023); *Patio* (Elandamio ediciones,

2024); *Quiero sacar la cabeza por la ventanilla de tu coche*, *poesía reunida* (Medusa Ediciones, 2024); y *Trinchera* (Sudestada, 2025).

Valente Beckdorf (Chihuahua, 2003) es fotógrafo, ilustrador, y estudiante de letras españolas en la UACH. Egresado del Tecnológico de Monterrey, ha recibido varios reconocimientos artísticos de dicha institución. Fue seleccionado en el X Encuentro Nacional de Escritores Jóvenes Jesús Gardea 2023 y obtuvo mención honorífica en los Premios Jóvenes de Literatura 2024. Colabora como escritor (ocasional traductor) en *Logos* de la Facultad de Filosofía y Letras.

Ariana Jordán, escritora guayaquileña de 27 años y ávida lectora de toda clase de literatura. Licenciada en Literatura por la Universidad de las Artes en Ecuador, con enfoque en la edición y creación de textos varios. Dedicada actualmente a fundar su propia editorial, y editar su primer poemario *Desvíos de la memoria*, un compendio de poemas que surgen de la necesidad de plasmar la vida antes y después del diagnóstico de alzhéimer en un ser querido.

Eduard Farràs (1987) ha publicado los poemarios *Mal del siglo*, *Un paseo histórico-ficticio* (Olé Libros, 2023) y *Anotar lo extinto* (RIL editores, 2024). Sus libros han sido reseñados en los diarios El Imparcial, Mundiario y Malagaldía; en Zenda, Quimera, Détour, Palabra que dormía y en los blogs *Libros y literatura* y *Puentes de papel*. También ha colaborado en el magazine literario *Irredimibles* así como en las revistas literarias *Autores*, *Aullido*, *Altazor*, *Paper Bag Poetry Review*, *142 Revista Cultural*, *Peatones|Folletín pseudo-sinfónico* y en *Suburbia*, que ha traducido sus com-

posiciones al polaco.

Lucía Aráoz nació en la Ciudad de Buenos Aires en febrero de 1987. A los cinco años la apodaron "cachaña". Es actriz, comunicadora, obsesiva de la música, los gatos y los stickers. Margarita Roncarolo, su maestra de escritura, le salvó la vida en reiteradas ocasiones; sus amigas y amigos, también. En 2010 publicó *Queridísimas* con la editorial Hasta que llegue el silencio, en 2025 publicó *Las Cachañas* con la editorial Halley Ediciones.

Erbey Mendoza. Se desempeña como docente de la Licenciatura en Lengua Inglesa, de la Maestría en Investigación Humanística y del Doctorado en Educación, Artes y Humanidades de la UACH. También colabora en la Maestría en Lengua, Literatura y Traducción de la Facultad de Idiomas de la UABJO. Entre sus publicaciones están *La expedición punitiva: reporte del General Mayor John J.Pershing* (traducción, UACH, 2014), *Entorno de los días* (poesía, ICHICULT, 2016), *El destino en un sombrero* (poesía, UACH, 2019), y *A destiempo: prosa dispersa* (ensayo, UACH, 2024). Si tuviera más tiempo libre, es muy probable que ya hubiera escrito otros libros. Por cierto, también es miembro del Cuerpo Académico Estudios Humanísticos de la Cultura (UACH), y del Sistema Nacional de Investigadores.

Diego Nervi es antropólogo social por la Universidad Alberto Hurtado y candidato a magíster en Antropología Sociocultural por la Universidad de Chile. Su trabajo aborda la relación entre alimentación, memoria y derechos humanos desde una perspectiva crítica latinoamericana. Integra la Corporación Parque por la Paz Villa Grimaldi y la Comisión de Derechos Humanos de Colo-Colo. Dirige *Distopías Etnográficas*, revista dedicada a la

investigación situada y pensamiento crítico del sur global.

Paloma Rojo nació en Buenos Aires en 1999. Es licenciada en artes de la escritura por la UNA, diplomada en Raza, Género e Injusticia por la UNSAM, y actualmente cursa la Maestría en Escritura Creativa de la Universidad de Sevilla. Es redactora en *Revista Fulana*, un medio de periodismo performático que retrata la contracultura porteña. Ha publicado poemas, cuentos, notas y ensayos en medios digitales e impresos. *Alter ego*, su primer poemario, fue publicado por Halley Ediciones en 2025.

Gemma Gómez (Córdoba, España, 1998). Es una escritora sin suerte residente en Estepona, Málaga. Su poemario más reciente es Una colcha de retales (Editorial Loto Azul, 2024), el cual trata de las relaciones maternofiliales como una entidad universal. Anterior a este publicó Bajo la lluvia de fuego (2023). También escribe una newsletter en Substack titulada La cabaña del jilguero.

Federico Rizzo (Uruguay, 1981) En 2002 obtuvo el primer premio en narrativa en el concurso nacional "VI a palabra limpia", organizado por la B'Nai B'Rith del Uruguay. En 2021 obtuvo el segundo premio en poesía en el concurso internacional "200 años de libertad y helenidad", organizado por NOSTOS, en Argentina. Ha participado en diversas publicaciones de revistas digitales de Hispanoamérica. En 2017 publicó su primer libro de narrativa titulado *Los misterios del castaño*, y en 2024 publicó *Caleidoscopía* y *Acenizados*, del mismo género literario.

Mauro Costanzo es escritor y narrador mexicano. Vive en Cancún, donde

desarrolla una obra centrada en la relación entre paisaje, memoria y experiencia interior. Su escritura integra lo sensorial y lo fantástico como dimensiones naturales de la vida. En 2024 publicó su primera novela, *Bahía Ensueño*, donde el Caribe se convierte en un umbral entre lo visible y lo invisible, y el cuento "La noche de los caminantes" en la antología *De este y otros mundos*.

Isabel Crisalys (Tlaxcala, 1988). Licenciada en Literatura Hispanoamericana por la UATX y Maestra en Literatura Mexicana por la BUAP. Ganó el primer lugar en la categoría de cuento, en la revista *La Mancha* (2008), con el texto "Un recuerdo en blanco y negro". Tiene publicados los cuentos "Promesa a Sibila", en la revista electrónica *Nocturnario* (2018) y "Dionea", en la revista *Paper Bag Poetry Review* (2023). Coautora del libro *De la tierra a sus manos* (2018), publicado por el ITC, y de los títulos: *Literatura I* y *Literatura II* de GAFRA Editores (2020-2025).

René Peregrina es originario de la región de las Altas Montañas (Veracruz, México) donde trabaja como gestor cultural y escritor. Destaca su trabajo de co-coordinador del colectivo Jornadas culturales (grupo que ha organizado diversas publicaciones escolares, exposiciones plásticas, festivales artísticos y concursos de música). Sobre su obra, los géneros donde le gusta darle cuerpo a su voz son la narrativa breve y la poesía. En 2025 publicó su primer libro de cuentos *La ciudad tiene rostro* con la editorial Pinos Alados.

Michaela Osorio nació en Argentina, en 1994. Es docente. Ha publicado sus escritos en antologías tales como *Letras de la Comarca* (2014), *Primer Piso* (2018), *Decir(es) Ajeno(s)* (2025) Editorial TinTapujo, *Las pequeñas cosas.*

Vol II (2026) Editorial Niña Pez. Su primer poemario *Voz en Off* se publicó en noviembre de 2023, Buenos Aires, bajo el sello editorial, Halley Ediciones.

Lauda es una voz lírica contemporánea que escribe desde la intersección entre la hipersensibilidad y la creación literaria. Su obra, de atmósferas densas y un surrealismo íntimo, aborda el agotamiento existencial y la cartografía emocional del aislamiento. Ha publicado en la revista *Aplazo Literaria* (2024), expuso en la Casa del Artesano (2019) y difunde su proceso creativo en TikTok. Su poesía transforma lo personal en mitología a través de imágenes físicas y precisas, como ángeles obreros, camas que comen y parpadeos al borde del vacío.

Alejandro Burbano (Quito, Ecuador 1994). Vive y trabaja en Manchester. Escribe esporádicamente reseñas sobre música y cine en revistas locales. Lee ocasionalmente poemas de otros en micrófonos abiertos de la ciudad. Le gusta el pesto y se pone triste los martes.

María Sanchez nació en Santa Fe, Argentina, en 1984. Escritora, poeta, fotógrafa y docente. Se recibió de profesora en letras por la Universidad Nacional del Litoral. Publicó los libros de poesía *Costuras* (Modesto Rimba, 2018), *Una temporada adentro* (Hexágono, 2022) y *Rituales* (Hemisferio Derecho, 2025). Participó en las antologías *Otras nosotras mismas Antología* en homenaje a Olga Orozco (Agua viva, 2020) y *Martes verde Edición Federal* (Poetas por el Derecho al Aborto Legal, 2020). Poemas y ensayos fueron publicados en revistas nacionales e internacionales. Desde 2015 coordina talleres de escritura y brinda acompañamientos creativos a artistas y

a proyectos independientes.

Jonathan Cucunubo (Bogotá, 2001) es filósofo y profesional en Estudios Literarios, con énfasis en escrituras creativas, por la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Actualmente cursa la Maestría en Estudios Culturales Latinoamericanos en la misma institución. Ha publicado cuentos y poemas en revistas y antologías. Fue ganador del Concurso Nacional de Poesía "Este poema es un país que sueña" de la Casa de Poesía Silva, Colombia (2025).

Ruben Domene, nacido en el alto vinalopó a finales de los años 90. De forma muy temprana desarrolló un amor por la música que lo catapultó al mundo del arte. Las primeras lecturas de Machado y Bequer se juntan con corrientes más contemporáneas de música para formar —en lo que a él respecta— su propio estilo de escritura. Actualmente regenta un restaurante en Banyeres de Mariola que me limita el tiempo para escribir pero no para soñar.

Ivanna Méndez (Caracas, 1994) es escritora y periodista cultural. Vivió en Buenos Aires y actualmente reside en Ciudad de México. Su trabajo se centra en la poesía y se expande hacia la ficción breve y el ensayo personal. Fue periodista de cultura en El Universal, donde cubrió literatura y artes visuales. Tiene estudios en producción editorial y literaturas comparadas, y fue finalista del Concurso Nacional de Poesía Joven Rafael Cadenas (2018).

Conrado Parraguirre (Chetumal, Quintana Roo) ha publicado poemas, relatos, ensayos y comics en diversas publicaciones y en algunas antologías como: *Pinos Alados: Una selección* (2020), *Letrinas del Cosmódromo* (2022)

y *Latinx Comics Studies: Critical and Creative Crossings!* (2025). Actualmente ejerce su derecho a estar errado.

Frandys Oropeza (1988) Coro, Edo Falcón. Venezuela. Escritor *freelancer*, poeta y ensayista. Licenciado en Educación, en Lengua, Literatura y Latín. Técnico Superior Universitario en Artes Audiovisuales. Docente universitario en el área de Artes Audiovisuales de la Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda (UNEFM).

Marcos Lozano (Barcelona, España. 1992) es poeta y dramaturgo. Durante su trayectoria, ha desarrollado una obra poética marcada por lo espacial y lo emocional, como *Poesías sevillanas,* con los proyectos *Que Triana canta y el meteco le sigue*, *Reflexiones de la huerta* y *Ausencias del azahar.* Además de *Cantos de la loma* y *Escarceos, cajón poético*. Autor de las comedias *El meteco* y *El cisma de Belorado*. Ha colaborado en diversas revistas literarias.

Pedro Álvarez, nacido el 7 de diciembre del 2004, cursa actualmente la carrera de Letras Españolas de la Universidad Autónoma de Chihuahua. Fue participante en la categoría de narrativa en el Encuentro Nacional de Jóvenes Escritores Jesús Gardea (ENEJ) 2023, con su cuento *El Fin de la Inocencia*. Es presidente y cofundador del Comité de Letras Hispanoamericanas de Chihuahua (COLHICH), así como cofundador del Encuentro Literario "Carlos Montemayor", que dio luz en su primera edición en el año 2025.

Constanza Janer, nacida en Campana en el 2002. La expresión artística y la comunicación digital mancha su rutina, a veces desde el ocio y otras por trabajo. Es diseñadora multimedia y, a su vez, estudió dirección de arte incli-

nado a la publicidad. Disfruta escribir y observar. Hace poco creó un taller de escritura en CABA, el cual es abierto, libre, y se construye en comunidad. Desde la curiosidad y el amor por el intercambio, busca en cada situación seguir aprendiendo y conectar con los otros.

Francisco Araya, nació en Santiago de Chile en 1977. Es diseñador gráfico web, community manager y escritor. Ha escrito cinco libros publicados en Amazon, por lo cual tiene más de treinta cuentos antologados, y cuyos diversos relatos han sido publicados por diferentes revistas literarias en español. Cuenta con muchos reconocimientos por su creatividad y calidad literaria. Sus relatos se pueden encontrar también en la plataforma Tumblr.

María Abarca (Mendoza, Argentina) es profesora de Lengua y Literatura, y Licenciada en Letras. Ha obtenido numerosos premios nacionales e internacionales. También ha participado en revistas y antologías en República Dominicana e Indonesia. Su poemario *La manía de la albahaca por hablar sola* fue galardonado con el Premio Nacional de Poesía Pro Arte, Homenaje a Gabriela Mistral y su libro de cuentos *Fobos o Las Mieles de la Locura* recibió el Premio Féminas Rebeldes.

Fernando Gepé nació en la Ciudad de México. Es licenciado en letras por Masarykova Univerzita. Ha publicado cuentos, ensayos y poemas en diferentes revistas literarias y universitarias. Actualmente cursa la maestría en Literatura Hispánica, escribe para un periódico local (*BrnoDaily*), administra el colectivo Cantón Poético en Instagram, y edita la revista *Thus Spoke de Brno Arts Collective.*

Amalia García (Estado de México, 2000). Arquitecta por la Facultad de Arquitectura de la UNAM, Mención Honorifica con la tesis *Mercantilización del hábitat en los Pueblos Mágicos: Estrategias de diseño participativo como cambio de paradigma en el turismo: caso de estudio: Sisal, Yucatán (2023)*, Mérito Universitario 2021. Mediadora en el Programa Pedagógico del MUAC (2022). Becaria de Medios Impresos y Digitales para UNIVERSUM y Museo de la Luz (2022-2024).

Juan Papasidero (1995) nació en Buenos Aires. Es escritor y profesor de filosofía. Publicó tres libros de poesía: *(la)poieticosa* (Editorial Lisboa, 2019), *Profanum vulgus* (Clara Beter Ediciones, 2021), *Lapsus linguæ* (Halley Ediciones, 2025), y una novela con *Las Furias Editora*, *Una lengua demencial* (2025). Como docente, dicta clases de filosofía en la UNLaM y en Institutos Superiores de Formación Docente. Además, imparte talleres y seminarios de escritura creativa y clínica de obra.

Jhuliana Calderón (Loja, 1998) es licenciada en Artes Visuales, mención curaduría por la Universidad de las Artes. Dentro de la escena artística, su emergente trayectoria se compone a partir de una exploración expansiva e interdisciplinaria. Por una parte, en el ámbito de la gestión cultural, a través de la ejecución de diversos proyectos curatoriales, en colaboración con municipalidades e instituciones culturales. Por otro lado, en el campo literario, su narrativa se caracteriza por abordar temáticas sociales desde diversos lugares enunciativos.

Armín Arceo es médico cirujano y escritor mexicano. Maestro en Medicina Estética y miembro de la Sociedad de Escritores de Durango. Formado en la

Escuela Creadores de Letras, ha publicado en revistas y antologías internacionales, cultivando fantasía, ciencia ficción y horror con enfoque simbólico y filosófico.

Daniel Calderón (Chihuahua, 1998). Estudiante de letras españolas en la UACh y aficionado a la fotografía y la narrativa visual. Ha tenido participación en la representación de obras de teatro, lecturas dramatizadas, tertulias y radio cuentos. Actualmente es miembro del Comité Estudiantil de Letras Hispanoamericanas de Chihuahua (COLHICH), y participante del Comité Organizador del Encuentro Carlos Montemayor. Es entusiasta del café y los relojes Casio.

Ariana Rudoni, **c**onocida como Mistrophia, es artista visual autodidacta que transita entre la fotografía, la pintura y las técnicas mixtas. Su trabajo explora expresiones que conectan la identidad humana con lo natural y lo excéntrico. Desde 2022, exhibe sus obras en Buenos Aires, participando en ferias como BADA y residencias como Taller Musgo. En esta serie, utiliza la luz natural de Parque Patricios para retratar payasos (*clowns*), transformando la pregunta sobre el destino del artista tras el cierre del circo en una búsqueda visual honesta y orgánica.

Marco González, nacido en el Estado de México, es diseñador industrial, artista plástico. Realizó estudios en Historia del Arte y Artes gráficas. Ha participado en cuatro exposiciones internacionales y colaborando con varios proyectos del INTAC y en el Congreso Internacional de Filosofía, Arte y Diseño celebrado en la UAEMéx. Cuenta con más de 15 exposiciones locales y nacionales. Es docente de artes desde 2022. Se le ha atribuido una mención

honorífica en el X Concurso Nacional de Ilustración Rodin en 2024, celebrado en la Academia de San Carlos.

Francisco Díaz (Barranquilla, Colombia) es un fotógrafo interesado en capturar la atmósfera de los lugares y la intimidad de los instantes. Su trabajo se sitúa entre lo documental y lo poético, entendiendo la fotografía como un ejercicio de contemplación. A través del paisaje y de escenas cotidianas, sus imágenes marcadas por la serenidad y la observación revelan pequeñas narrativas donde territorio, memoria y emoción se entrelazan.

Emilia Castillo. Artista plástica e ilustradora mexicana licenciada en artes plásticas en la Sorbona de París. Ha trabajado en la ilustración de libros, como animadora en proyectos de *stop motion* y ha sido miembro del equipo de arte. También ha expuesto obra original en Guadalajara.

Juan García es un joven periodista y fotógrafo quiteño, cuyo trabajo se construye desde la observación y la cercanía con los territorios, así como la relación que construye con las personas que habitan ellos. Su mirada se enfoca en la vida cotidiana, las tradiciones populares y las expresiones culturales.

Florencia Olivera es ilustradora y directora de arte argentina. Su trabajo explora la naturaleza como extensión emocional, construyendo universos visuales donde fauna, identidad y memoria dialogan desde una estética contenida y contemporánea. Actualmente desarrolla proyectos personales y colaborativos entre Latinoamérica y Asia.

Tito Bobbio 'TiTTo' es un ilustrador y pintor peruano de 45 años, nacido en Lima, Perú el 12 de octubre de 1980. Con una trayectoria activa desde 2012, ha participado en diversas exposiciones colectivas y festivales en Perú y Estados Unidos, incluyendo el Museo de Arte Latino en California y la Bienal de Arte Amazónico en Pucallpa. Su obra explora lo simbólico, lo sobrenatural y lo metafísico, desarrollando un lenguaje visual que integra imaginación, contemplación y experiencia espiritual.

Belén Amitrano (38), Lanús Este. Fotoperiodista, socorrista y artista visual. Colaboró con Nuestro Tiempo, Ciudad Universitaria, Marcha ORG y El Cuarto del Muerto (México). Realiza coberturas de fútbol femenino y movilizaciones sociales. Participó en *Nuestras armas, nuestra defensa* (Chile/Hong Kong), *8M* (México) y *Contagiamos Imágenes* (Argentina). Autora de *Normalidad* y *Furia*, exhibidas en Argentina y el exterior.

Eloy Marquez nació en febrero, bajo la constelación de Acuario, en 1999. Hijo de profesores, tuvo una primera educación católica. Luego, estudió Filosofía en la universidad, periodo en el que se abocó a la lectura de Nietzsche y de Heidegger. Publica *En alabanza* por Ed. Autores de Argentina (2022), y se ocupa de reseñas literarias para la revista *BARRO-CO latinoamericano*. Es publicado en las antologías *El misterio de la materia*, por BRUMA editores (2025) y *Rompe tu olvido*, por Ed. Prosa Cuántica (2025). Entretanto, figura con recurrencia en revistas literarias de México, Argentina, Chile, España, Colombia y EE.UU. Recorre los eventos de *Poetry Slam* en CDMX, aproximándose a las escenas poéticas actuales. Actualmente continúa activo, viajando y publicando.

Aaron Campi, nacido en la ciudad de Guayaquil, es licenciado en Literatura por la Universidad de las Artes. Siente gran interés en los clásicos literarios; sin embargo, en la actualidad, su principal interés es la literatura latinoamericana, con especial enfoque en la narrativa contemporánea, junto con la teoría y crítica literaria. También siente un profundo interés por el cine y la filosofía. Uno de sus objetivos como investigador se centra en convertir sus investigaciones en una actividad transdisciplinaria en la que pueda juntar todos sus intereses. En 2025, publicó su primer artículo "Mugre Rosa: memoria y tránsito introspectivo" en la revista literaria de creación y crítica *Pie de página.*

Karina Piriz. Nació en 1971 en Buenos Aires, Argentina. Es licenciada en Letras y especialista en Enseñanza de Español por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Editora y correctora en diversos ámbitos editoriales, tanto públicos como privados. Ha desarrollado la tarea docente como maestra, profesora de Literatura y directora de escuela. Como escritora, ha sido seleccionada en antologías literarias de Argentina, España y Latinoamérica. Es parte del Colectivo Autores de La Matanza. Participa del Taller literario/Editorial Experiencia Letras.

Revista astro